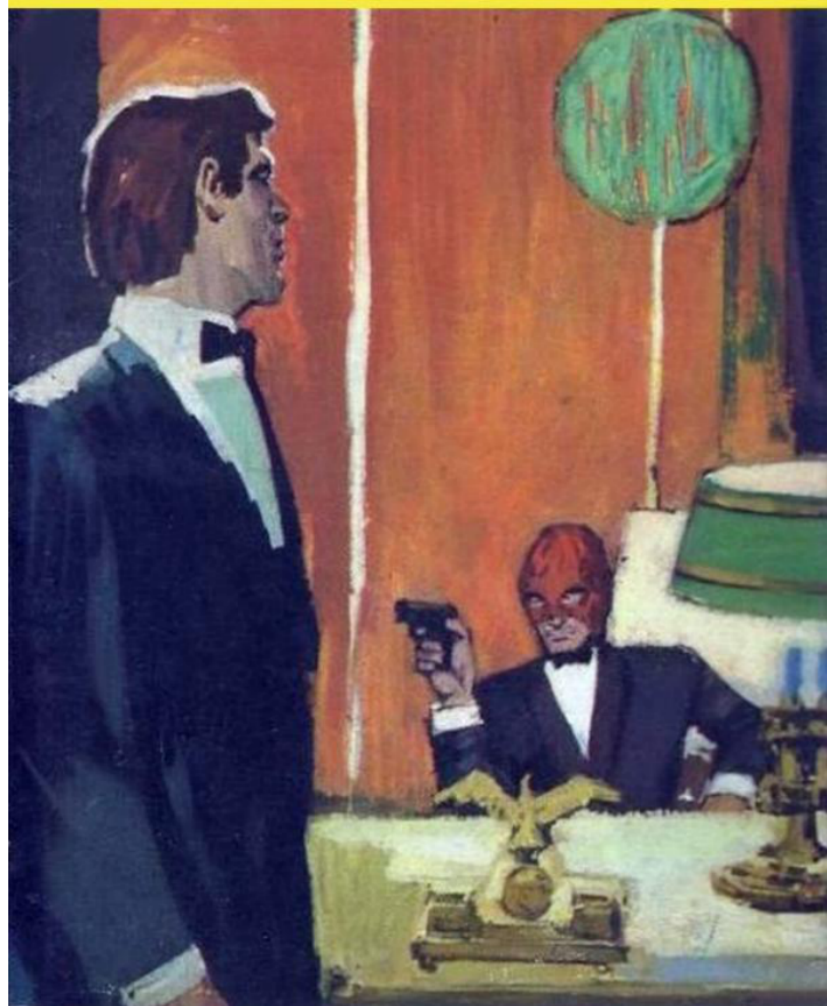




PELOTARI

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

PELOTARI

Colección PUNTO ROJO n.º 366

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 5456-1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril 1969

© RALPH BARBY-1969

sobre la parte literaria

© DESILO-1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección COLORADO:
547.—La charca del sapo.
- En Colección KANSAS:
558.—A orillas del río Graade.
- En Colección CALIFORNIA:
609.—Un hombre debe morir.
- En Colección BRAVO OESTE:
420.—El fuerte de los condenados.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
951.—La muerte baila en Copacabana.
- En Colección TEXAS:
660.—La caída del árbol.
- En Colección PUNTO ROJO:
360.—El crimen no es rentable.
- En Colección ASES DEL OESTE:
509.—Más fuerte que la sangre.
- En Colección BISONTE:
1.106.—El futuro no es de los cobardes.
- En Colección BUFALO:
779.—Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Alan Sidney ascendió los peldaños que faltaban para llegar al piso en que se ubicaba su destartalado apartamento.

El día que lo escogió, dudó, pero luego pensó que allí, en Mason's Street, al norte de Queens y cerca del maloliente East River, no se podía pedir más.

—Diablos, diría que hoy estos escalones están más altos que ayer... A ver si me equivoco de edificio; pero no, no, el *snack* de But está abajo y yo he salido de allí. He tomado unos vasos de *whisky* y me he venido para aquí arriba porque quiero dormir. ¡Diablos, pero qué altos están los peldaños!

Alan Sidney hacía oscilar su cabeza pelirroja, cuando generalmente se vanagloriaba de tenerla bien entroncada.

El *whisky* que remordía sus entrañas, para deslizarse luego por sus venas, convertía su rostro franco, de ojos verdosos, y ordinariamente bien rasurado, en una máscara de fatiga.

—Bueno, ya he llegado arriba. Ahora hay que poner la llave en la cerradura. Mientras ésta no se haya vuelto más pequeña, todo irá bien.

Tras palparse el bolsillo de la chaqueta, dio con el llavín, que trabajosamente introdujo en el lugar correspondiente. Segundos después, su cuerpo atlético se apoyaba sobre la puerta, cediendo ésta a su empuje.

—¡Hogar, dulce hogar! ¡Porquería, porquería y más porquería! ¿No hay quién me limpie esta pocilga?

En el rellano de la escalera se oyeron unos pasos que a Alan le parecieron los de un sargento de la Army, pero que no eran otros que los de la señora Stocky.

Ésta, con su voz cascada pero terriblemente autoritaria, gritó:

—¿Qué pasa, señor Sidney?

Abandonando por unos instantes su apartamento, Sidney se

aproximó a la baranda, mirando por encima de ésta hacia el fondo, en donde se hallaba la señora Stocky.

—Decía si podían limpiar un poco más mi apartamento...

La respuesta de la mujer no se hizo esperar, y Alan, pese a su corpulencia, se agarró al pasamanos como un conejo asustado.

—Pero ¿qué se ha creído? ¡Pues no faltaría más! ¡Todavía me debe cuatro semanas de alquiler y quiere venir exigiendo! ¡Le doy de plazo tres días para que se ponga al corriente de lo que me adeuda! ¡Si al cabo de este tiempo no me ha pagado, tendrá que ir a dormir a una de las camas calientes del Harlem! ¡Y ahora métase en su apartamento si no quiere que lo eche de aquí por alborotar!

—Sí, sí, señora Stocky...

Pero la mujer ya no le oía. Había desaparecido después de pronunciar su ultimátum. Alan Sidney parpadeó ostensiblemente y, con acento gutural, producto de su embriaguez, murmuró irónico:

—Menos mal que se ha quedado soltera y de este modo el mundo se ha evitado un nuevo mártir. Bueno, ahora entraremos en casita y veremos si puedo dormir.

Penetró de nuevo en su apartamento, cerrando la puerta con cuidado para no provocar las iras de su patrona.

Al avanzar hacia el interior con la vista caída, algo destacó ante sus ojos.

—Diablos, una carta, una carta para mí. Claro, si está en mi apartamento tiene que ser para mí...

Al agacharse para recogerla, tuvo que apoyar su mano izquierda en las baldosas para evitar de este modo caer al suelo. Cuando tuvo el sobre en su mano, con ademán despectivo, se dijo:

—Puaf, cuánto polvo hay aquí. Seguro que hasta los escarabajos han emigrado a otro lugar más higiénico. Ahora, no pierdas tiempo, Alan, a ver quién ha sido tan amable de escribirte.

Se dejó caer sentado sobre la cama, que chirrió en son de protesta.

Encendió la lámpara de la mesita y, tras golpear el sobre contra su palma para sacarle el polvo, miró fijamente las letras que destacaban en él.

—Vaya, si es de la

Luck & Stone

Company. Sí, sí, es de donde trabajo yo... ¡Qué idiota! Quiero decir,

de donde trabajaba. Me han despedido y por eso he pedido a Bud que me sirviera tantos *whiskies*... Un ladrón, pero ¡si en mi vida he tenido más de cien dólares juntos!

Sus dedos rasgaron el sobre al tiempo que murmuraba para sí, sarcástico:

—Alan, te han llamado ladrón y no has respondido adecuadamente. Ladrón, cuando nunca has tenido en el bolsillo ni un centavo que no fuera tuyo. Pero te has dejado dominar por el señor Fitzgerald; todos dicen que su presencia impone. Yo lo encuentro demasiado negro, largo, estirado y ridículo como un pingüino. Pero me ha soltado solemnemente: «Señor Sidney, si le dijera que lo siento le mentiría; por eso le notifico llanamente que queda despedido de la honorable

Luck & Stone

Company, por traicionar la confianza que habíamos depositado en usted. Como la firma no pretende dar un escándalo, si desaparece inmediatamente de nuestra vista, no se dará parte a la policía y se considerará zanjado el asunto. Teniendo en cuenta que el sueldo de un mes no está pagado, ya le enviaremos la liquidación por correo a su domicilio». ¡Alan, eres un estúpido por no haberte rebelado aplastándole la cara a ese pingüino! En fin, veamos qué me dicen ahora...

Desdobló la carta, comenzando a leer para sí las líneas escuetas que centraban el papel.

—¡Se me han quedado el sueldo que me adeudan en compensación de lo que dicen les he robado! ¡Son unos ladrones, unos malditos ladrones, me han dejado sin un centavo y con la fiera de la señora Stocky pidiendo a gritos el alquiler!

Alan Sidney gesticulaba airado, mientras sentía deseos de romperlo todo.

Dominándose, cogió el sobre vacío y, cuidadosamente, lo fue sacudiendo con la esperanza de que de su interior cayera algo al suelo.

—Nada, absolutamente nada...

Arrugó el sobre y la carta, formando una bola que luego lanzó contra la pared, visiblemente irritado.

Se acercó al lavabo y, tomando un tubo que contenía somníferos, sacó tres pastillas que hizo pasar a través de su

garganta, empujadas por un vaso de agua.

—Veremos si estas tabletas me hacen olvidar ese zumbido que tengo en la cabeza y me duermo enseguida. Mañana ya veremos cómo me las arreglo para enfrentarme con la bruja Stocky.

Se dirigió pesadamente a la cama. Sabía que no podía tardar en dormirse.

Una pastilla era suficiente para conciliar el sueño, pero tres eran capaces de tumbar a un buey. Se dejó caer sobre el lecho cuando el timbre del teléfono comenzó a sonar insistente.

—Vaya, no van a dejarme pegar un ojo, con la falta que me hace. En fin, veremos quién es el que pretende fastidiarme.

Cogió el auricular y contestó, con desgana:

—¿Diga, quién es el que molesta?

Una voz recia y alegre a la vez respondió al otro lado del hilo:

—Alan, Alan, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Soy Asael. Parece mentira que no me reconozcas.

Sidney pareció despejarse un poco y trató de explicar:

—Ah, eres tú... Perdona que no te haya reconocido antes. Verás, he tomado unos *whiskies* de más y no estoy muy fino.

—Ignoraba que te dedicaras a beber.

—No, si ya sabes que no tomo nunca, pero hoy tenía que celebrar algo importante.

—¿El qué?

Burlándose de sí mismo, repuso, irónico:

—Pues que debo cuatro semanas de alquiler del apartamento y estoy sin blanca, y la bruja de la patrona es de las que no perdonan.

—Mira, Alan, te he llamado para que vinieras a presenciar el partido que va a empezar ahora mismo y en el que las apuestas están a diez a uno a mi favor.

—No me extraña: eres el mejor pelotari que corre por Manhattan.

—Gracias, pero no quería decir eso, sino que somos amigos, y como las cosas ahora me ruedan bien, te vienes al Fives-Court of Fire, ya sabes, en el Downtown Manhattan, y te doy lo que haga falta para que pagues a tu bruja.

—Nada de darme dinero, Asael. En todo caso, puedo aceptarte unos dólares a título de préstamo.

—Está bien, pero ven enseguida. De lo contrario, no vas ni a presenciar el final del encuentro.

—Mira, no te molestes conmigo, pero mejor voy mañana a tu casa a verte. Ahora tengo mucho sueño y la cabeza me da vueltas.

—Nada de mañana. Si quieres los dólares, ven ahora mismo. De lo contrario, tendrás que apañártelas como puedas con tu patrona.

—Está bien. Hasta dentro de un rato.

Alan colgó el auricular con expresión resignada. Se levantó de la cama y anduvo hacia el lavabo, enfrentándose con el espejo, que le devolvió un rostro macilento.

Se dijo que estaba muy mal meterse por las calles del abigarrado y populoso Manhattan, pero que por un puñado de dólares había que hacer lo que fuera.

Dejó que el chorro de agua fría chocara con violencia sobre su cráneo y después, secándose con una toalla, elevó sus seis pies y medio de estatura.

Minutos más tarde, descendía la escalera, tratando de no hacer ruido para evitar encontrarse con la señora Stocky.

Una vez en la calle, y mientras trataba de recordar dónde había aparcado su vetusto «Chevrolet» de color negro, murmuró:

—Que no me haga efecto demasiado pronto el somnífero... Ah, allí está el coche.

Puso en marcha el automóvil y, viendo cómo brillaban y parpadeaban excesivamente las luces ante sus ojos, abandonó Queens, cruzando el East River por el puente de Queensboro.

No tardó en verse inmerso en el fárrago de la isla de Manhattan.

—Diablos, nunca había visto tanta gente y tantos coches como hoy. Si me cogen en este estado, adiós licencia de conducir.

El «Chevrolet» enfiló por la calle 59, lindante con el Central Park.

Después, sin llegar a introducirse en el barrio Oeste, bajó por la Columbus Avenue hasta llegar al Downtown Manhattan.

Allí aparcó no muy lejos de los muelles que se adentraban en el río Hudson, y una vez quitado el contacto, suspiró.

—¡Uf! Creí que no iba a llegar nunca hasta aquí. Se me caen los párpados y no tengo fuerzas ni para levantarme del asiento. Pero no me queda otro remedio que llegar hasta el Fives-Court. Asael me prestará lo que necesito. Él me conoce bien y sabe que no soy

ningún ladrón.

Abandonó el coche y caminó pesadamente, tratando de lograr una ligereza que el somnífero y el *whisky* le negaban.

La falta de lucidez y reflejos en su mente le habían hecho meterse en varios embotellamientos de la circulación, lo que le obligó a llegar mucho más tarde de lo previsto.

No obstante, llegó a tiempo de ver brotar por las puertas principales del frontón una riada de espectadores, la mayoría de ellos con las sonrisas enmarcadas en sus rostros.

Pensando que Asael ya había finalizado el partido, arrastró sus pies, que semejaban calzados con gruesos zapatos de plomo, pues le pesaban terriblemente.

Se introdujo por el callejón lateral, que, oscuro y mugriento, tenía como fin las aguas del Hudson River.

Mas algo instintivo le detuvo.

—Vaya, también hay tres que esperan; pero esos tipos no me inspiran ninguna confianza.

En efecto. Casi amparados por la oscuridad, al igual que estaba haciendo Alan, que se había apoyado en el muro y tras unos cubos de basura, había tres individuos.

El sexto sentido de Sidney le advirtió casi automáticamente, y como su estado no le permitía demasiada movilidad, decidió esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Por la puertecilla estrecha del Fives-Court que daba al callejón acababa de aparecer un hombre de mediana estatura y complexión delgada, pero de músculos fuertes como el acero y manos duras, semejantes al granito.

—Ése es Asael, benefactor, y esos tipos parece que le esperan. Veremos si oigo lo que dicen.

Alan agudizó sus oídos, tratando de captar lo que aquellos desconocidos decían a su amigo Asael Callogan, el más famoso pelotari del Estado.

—Hola, Callogan. Parece que todo te ha ido muy bien.

Sidney observó cómo Callogan los miraba receloso y tratando de hallar un hueco para una posible huida. Sin embargo, en la cabeza del pelirrojo se iban confundiendo ideas, palabras e imágenes: el sueño le vencía por momentos.

—¿Qué queréis? —inquirió Callogan, ceñudo.

—Vamos Olg, cuénteles al nene lo que ha dicho el boss —indicó el que atendía por el nombre de James y que seseaba al hablar, debido a la falta de dos de sus dientes delanteros.

Olg, el más viejo y cultivado a la vez, repuso:

—El boss me ha pedido que te felicitáramos por tu brillante actuación. Ha sido un auténtico éxito, aunque de antemano ya eras el favorito.

Asael, con movimientos y palabras expeditivas, concretó:

—Está bien. Dadle las gracias de mi parte al boss. Ahora tengo prisa, lo siento.

Pero el pelotari no consiguió su propósito de franquear la barrera formada por aquellos tres individuos.

El apodado «Gorilla», que hasta aquel instante había permanecido silencioso, opuso su corpachón enorme ante él, impidiéndole el paso.

—Vamos, vamos, amiguito, que Olg todavía no ha terminado de felicitarte.

Alan ansió ayudar a su amigo, pero su cuerpo no le obedecía. Sus ojos iban captando penosamente la escena, y observó cómo Asael, con un movimiento fulminante, proyectó el canto de su diestra contra el rostro de «Gorilla», arrancándole un rugido sordo.

—¡No tan aprisa, pelotari!

Asael Callogan, que se disponía a saltar para desaparecer cuanto antes de las garras de aquellos tres *gángsters*, quedó quieto, petrificado.

James no había amenazado en vano. El cañón oscuro y helado de una «*Parabellum*» se clavó en su costado.

—¿Qué queréis?

—¡Machacarte, estúpido! —exclamó «Gorilla», escupiendo sangre por sus encías molturadas, al tiempo que descargaba su puño sobre la nariz de Asael.

—¡Alto, «Gorilla», tenemos que hacerlo todo con calma!

Olg, que semejaba mandar a James y al gigante, cortó de este modo la violenta represión de «Gorilla», cuya estatura oscilaría en los siete pies, con doscientas veinte libras de peso.

—Lo haremos todo tal como el boss ha ordenado. En cuanto a ti, Callogan, te has equivocado al desobedecer nuestras órdenes. Te habíamos prometido un par de los grandes si te dejabas ganar, pero

has hecho mal, muy mal, en no hacernos caso, y tú lo sabes.

—Os he quitado un buen bocado en las apuestas, ¿verdad?

—Sí, ha sido una lástima. Estaban diez a uno, y de haber perdido tú, hubiéramos multiplicado por diez las ganancias. Pero tú también has perdido, porque el *boss* nos ha dado un recadito para ti.

Olg hablaba siempre con la sonrisa en los labios, aunque estuviera acribillando a su propia sombra.

«Gorilla» empujó a Asael, haciéndole dar un traspie hacia delante, mientras James continuaba encañonándolo con la «*Parabellum*».

«Se llevan a Asael a los muelles... ¡Maldito somnífero; no puedo, no puedo ayudarle! Si casi no me tengo en pie. Diablos, tengo que ayudar a Asael como sea...»

Alan Sidney comenzó a avanzar aferrándose a los salientes de las paredes mientras su pensamiento le conminaba a correr en auxilio de Callogan. Sin embargo, aunque hubiera sido atravesado a balazos, no habría experimentado dolor: se hallaba ya bajo los efectos de los barbitúricos.

Con un esfuerzo titánico llegó hasta el final del callejón, donde se desplomó contra el suelo, detrás de un tonel abandonado.

«Están ahí delante, pero yo no puedo levantarme; ni siquiera hablar... Quizá esté inmerso en un sueño terrible, quizá».

Alan no sabía si estaba padeciendo una pesadilla o vivía una amarga realidad. El sueño ya se había apoderado de su cuerpo.

Por su parte, Callogan acababa de ser sujetado por «Gorilla», quien le mantenía los brazos a la espalda contra su voluntad.

Sin dejar de sonreír, Olg ordenó:

—James, amordázale. No quiero que se ponga a chillar como un conejo histérico y nos despierte a toda la ciudad.

—¡Cerdos! —apostrofó, rabiosamente, el pelotari.

La presión de las manazas del gigante aumentó y el pelotari comenzó a notar cómo su frente se perlaba de un sudor frío, helado.

Sin ninguna contemplación, James le amordazó con dos pañuelos y, hablando con su modo característico, preguntó:

—¿Le acariciamos ya, Olg?

—Sí, acabemos el trabajo de una vez. Acércalo a la grúa y ponle las manos encima de una de las vigas. Callogan, te hubieras podido ahorrar lo que te vamos a hacer de ser más listo.

Asael forcejeó y trató de gritar a través de la mordaza que atenazaba su boca, más todo fue en vano.

El gigante lo arrastró sin esfuerzo evidente hasta el lugar indicado, poniendo las manos de su víctima tal como Olg pidiera.

—Vamos, amiguito. Sé que te vas a acordar de mi madre, pero de antemano te advierto que no me importa lo más mínimo; ni siquiera la he conocido —objetó James, con sarcasmo, dejando fluir las palabras por entre los huecos que dejaran los dientes desaparecidos.

«Gorilla», que sostenía con su fuerza la rebeldía de Asael Callogan ante lo inevitable, gruñó:

—Vamos, termina de una vez. Ya me estoy cansando de aguantarlo.

James no esperó más y, con la culata del revólver, comenzó a golpear las falanges de las manos de Asael, quitándole con ello su medio de vida.

El pelotari sudaba angustiosamente, mientras el dolor se aferraba brutal a sus manos y brazos. Ansiaba gritar, más los pañuelos ahogaban sus alaridos de desesperación.

—¡James!

—¿Qué, Olg? ¿Ya es bastante?

—Déjaselas que ningún cirujano se las pueda componer.

Los golpes sonaban sordos, tétricos.

Una fuerza infrahumana se rebeló dentro de Asael Callogan y lanzó una patada que cogió a «Gorilla» desprevenido, alcanzándole en el bajo vientre.

El *gángster* rodó por el suelo como un ovillo, gimiendo dolorosamente.

—¡Contenlo, James! —ordenó Olg, rápido, haciendo desaparecer la sonrisa de sus labios.

James obedeció en el acto, propinando un culatazo sobre la nuca de su víctima, que se desplomó como un muñeco de «guiñol» al faltarle los hilos de sostén.

—¿Te lo has cargado?

James se agachó para comprobar el estado del pelotari. Cuando ya «Gorilla» se recuperaba de la patada que recibiera, respondió:

—Sí, seguro que lo he desnucado.

—Pues vayámonos antes de que alguien nos vea.

Atadle algunos hierros al cuerpo con un cable y al agua con él.

Minutos después, ante los ojos semicerrados de Alan Sidney, Callogan desaparecía bajo las aguas de uno de los muelles del Hudson River.

Ignoraba si se trataba de una pesadilla o de una realidad; sólo sabía que su cuerpo no le obedecía.

CAPÍTULO II

—Eh, amigo, a ver si despertamos de una vez.

Alan Sidney sintió como si su cabeza se hallara bajo las ruedas de los millares de coches que circulaban por la Quinta Avenida.

Abrió los ojos y la luz cegadora del día hirió sus retinas. En un gesto de protección, se tapó la cara con las manos.

—¡Ya está bien de contemplaciones! ¡Levántese!

Con precaución, tratando de olvidar el dolor oprimente de su cabeza y los zumbidos de sus oídos, Alan escrutó al hombre que le interpelaba.

Ante sí vio a un policía de la Metropolitana que, con gesto adusto y mirada severa, lo contemplaba.

—¿Qué hacía aquí tirado?

Antes de contestar, Sidney miró a un lado y a otro, intentando reconocer el lugar donde se encontraba. Clavó sus pupilas en el policía y aclaró, desconcertado:

—Creo que dormir.

—Muy gracioso —gruñó airado, el agente—. ¿Le llevo a la estación de policía y le acredito como vago profesional? Unos meses de reclusión no se los quitará nadie.

—Eh, alto, no corra tanto.

—Eh, amigo, a ver si despertamos de una vez.

—¿Tiene algo que objetar?

Alan medio se incorporó, oprimiendo sus sienes con las manos.

—Yo no soy ningún holgazán. Lo que pasa es que, después de tomarme unas tabletas contra el insomnio, se me ocurrió ir a ver a un amigo y por lo visto sólo he conseguido llegar hasta aquí.

—Ese cuento se lo explica usted a su abuela, que yo ya estoy crecido. Lo que tiene usted es una resaca producto de una borrachera de campeonato.

—Quizá también bebiera unas copas de más.

El agente extendió su mano.

—Vamos, la documentación, si no quiere que lo declare como vago.

Alan entregó sus papeles al policía, quien comenzó a leerlos mientras él se incorporaba. Notó que su estómago le dolía como si lo hubieran cargado con hierros.

—Se llama Alan Sidney, vive en Queens, Mason's Street, y trabaja de ayudante de cajero en la Luck & Stone

Compay. Bueno, está bien, pero procure que no se le encuentre en este estado otra vez o tendré que llevármelo a que charle un ratito con el sargento.

Alan recuperó sus documentos, que se apresuró a guardar en la cartera. El agente de la Metropolitana, sin abandonar su severidad, continuó la ronda.

—Menos mal que no se ha enterado de que me han despedido de la

Luck & Stone;

de lo contrario, no me suelta —gruñó para sí, mientras caminaba, vacilante.

Sus manos le condujeron al borde del muelle.

Bajo él, las aguas oleosas del Hudson River se deslizaban lentamente. Mirándolas, Alan Sidney rememoró lo sucedido la noche anterior, más las escenas, confusas, bailaban en su mente.

—Asael, Asael, ¿te han matado? —se interrogó a sí mismo, pues ignoraba dónde estaba la verdad y la pesadilla.

Miró hacia el policía que caminaba a lo lejos, aunque todavía al alcance de su vista.

Sintió el imperioso deseo de llamarle para que investigara, pero se contuvo pensando que si sin robar le habían tildado de ladrón, si encontraban el cuerpo de Asael, podían culparle a él y acabar sentándole en la silla eléctrica.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, semejando avivar su imaginación. Su mirada vagó de un lado a otro, tropezando con un letrero que anunciaba el lugar donde se hallaba.

«Muelle 27 del Hudson River».

Abandonó el muelle y caminó sin rumbo por el Downtown Manhattan.

Experimentaba unas náuseas incontenibles y se lamentaba de la mansedumbre que tuviera hasta entonces, aunque reconocía que en lo ocurrido a su amigo no había podido hacer nada.

«Tengo que saber si lo que pasó ayer noche fue una pesadilla o realidad. Pero no me siento con fuerzas y estoy sin un centavo; es decir, con deudas».

Su mente fue perfilando lo sucedido hasta que, sin habérselo propuesto, se halló frente al Battery Park, adentrándose en él.

Fatigado y casi sin ver, se dejó caer sobre un banco en el que había sentada una joven que leía un libro de texto.

Sin saberlo, el hombre fue objeto de estudio por parte de su compañera de banco, que le miraba por el rabillo del ojo.

—¿Le sucede algo? —preguntó ella, intrigada al percatarse de que el desconocido no hacía otra cosa que oprimirse las sienes y fruncir el entrecejo, clavando sus ojos verdosos en la tierra húmeda del parque.

—¿Qué, qué decía?

—Le he preguntado si le pasaba algo.

—¿Si me pasa algo? —Se pasó la diestra por la cabeza—. Pues sí, creo que sí.

Dejó descansar su espalda sobre el respaldo. Mirando a la mujer, dijo, con naturalidad:

—Es usted muy guapa.

—Siento haberle molestado, disculpe.

Ella, ofendida, se levantó, dispuesta a alejarse. El hombre alargó su mano, asiéndola suavemente por una muñeca, al tiempo que objetaba, conciliador:

—Vamos, vamos, no se moleste. Le aseguro que no soy un castigador callejero, pero es que al verla no he podido hacer otra cosa que piropearla.

—Si piensa continuar prodigándome adjetivos, aunque estos sean agradables, no pienso ni puedo escucharle. Yo sólo me he dirigido a usted porque tiene mal aspecto y deseaba ayudarle en lo que estuviera a mi alcance.

—Muy bien contestado. Y ahora, siéntese. Necesito a alguien a mi lado o me volveré loco.

Sin poderlo remediar, la muchacha se vio nuevamente sentada en el banco por obra y gracia del impulso de Alan.

Éste, mirando a su interlocutora, se dio cuenta de la franqueza y juventud que había en aquel rostro femenino. Tenía el pelo rubio ceniza y los ojos castaños. La nariz, respingona, se asentaba sobre los labios, atrayentes y gordezuelos.

La figura, pese a su juventud, estaba perfectamente formada, mostrando unas curvas pronunciadas que gustaron al hombre.

—Bueno, ¿por qué me mira de esa forma?

—Porque es muy bonita y no se disguste porque se lo diga.

Ella esbozó un mohín que quiso ser de enfado.

—Deje esas tonterías a un lado. Creo que usted está preocupado por algo que le ha sucedido, ¿no es cierto?

—Tiene razón. Estoy en una encrucijada de mi vida y no sé qué hacer ni por dónde empezar.

El hombre dejó vagar su mirada hacia delante y se encontró con la estatua de la Libertad emergiendo del agua. Sin mirar a la mujer inquirió:

—¿Suele venir por aquí?

—Sí. Me agrada pasar una hora por aquí antes de encerrarme en el instituto. El ambiente me ayuda a comprender mejor las lecciones.

—¿Sería indiscreto si le preguntara lo que estudia?

La mujer, sintiéndose a gusto junto a aquel hombre que, sin saber por qué, le inspiraba confianza, aclaró con cierta satisfacción:

—No hay ningún inconveniente. Estudio pedagogía sociológica de los disminuidos físicos de nacimiento.

—¿Qué, cómo?

—Se lo explicaré de otra forma. Quiero especializarme en enseñar a los niños sordomudos para que sean útiles a sí mismos y a la sociedad.

Alan miró sorprendido a la joven, admirándola por el camino elegido.

—Es una carrera que la favorece, pero dígame su nombre. Yo me llamo Alan Sidney.

—Y yo, Shirley Cooper.

—Bien, ahora que ya nos conocemos podríamos tutearnos y así charlaríamos más amigablemente.

Shirley sonrió ampliamente.

—De acuerdo, lo estaba deseando.

El hombre hizo una pausa, como si tratara de hallar las palabras más adecuadas y luego dijo:

—Sé que estás esperando que te explique algo de lo que me ha traído hoy a sentarme en este banco, de la encrucijada de que he hablado antes.

—No creas que quiero ser indiscreta, simplemente...

—Quieres ayudarme, lo sé. Por ello, te voy a explicar lo que me ocurre. Necesito hablar porque me siento solo. Verás, ayer, por la noche un amigo mío me llamó por teléfono...

Sidney relató lo sucedido.

Shirley le escuchó con la mayor atención y curiosidad. La aventura que Alan le explicaba era sobrecogedora.

—He querido llamar a la policía y no me he atrevido a hacerlo. No sé si todo lo que ha ocurrido es realidad o producto de mi fantasía.

—Si dices que habías tomado unos *whiskies* de más y habías ingerido tres pastillas de somnífero enérgico, quizá sí puedas pensar que es sólo una fantasía. No obstante, todo se puede aclarar llamando a tu amigo el pelotari, cerciorándote de que está vivo y que no le ha pasado nada.

—Sí, claro, eso es lo que debo hacer. Tengo la cabeza pesada y no sé tomar ninguna determinación. Gracias por ayudarme.

Ella, resuelta, preguntó:

—¿Vive muy lejos tu amigo?

—Sí, pero podemos telefonarle.

—Bien, entonces iremos a una cabina. En ella solucionarás tu enigma.

Con un gesto de abatimiento, Alan meneó la cabeza.

—Bueno, ya llamaré más tarde.

—¿Te sucede algo?

El hombre titubeó molesto.

—En fin, ¿por qué voy a engañarte? Lo que pasa es que no tengo ni un centavo en los bolsillos, ni siquiera para una ficha de teléfono.

—No importa —repuso decidida abriendo con presteza su bolso del que sacó un billetero. Segundos más tarde tendía a Alan un billete de veinticinco dólares.

—Aquí tienes. Creo que de momento te podrá ayudar en algo.

—Lo siento. No puedo aceptar dinero y menos de una mujer.

—No se trata de menospreciarte, sino de ayudarte. En estos momentos lo necesitas. Estoy segura de que me lo devolverás.

—¿Y por qué estás tan convencida?

—Porque a pesar de haberte conocido hoy, confío en ti. Ahora, vamos a telefonar. Pidamos a Dios que lo tuyo sólo sea una mala pasada de tu imaginación.

Alan tomó con cierta vergüenza el dinero que Shirley le ofrecía en concepto de préstamo.

Minutos después, tras hacerse con unas fichas, penetraban en una cabina telefónica desde donde llamaron a Asael Callogan sin obtener respuesta.

—Shirley, creo que no fue un sueño sino una desgraciada realidad. No hay nadie en el apartamento de Asael y a esta hora debería estar durmiendo.

—El que no responda a una llamada tampoco es suficiente prueba para determinar que lo ocurrido sea cierto. Aún queda alguna esperanza.

—¡Espera! —exclamó Alan dándose una palmada en la frente.

Después de colgar el auricular y advertir la mirada de interés que le prodigaba la joven, continuó:

—Recuerdo una cosa de las que sucedieron en mi sueño o realidad. Si lo encontramos, será la prueba definitiva. Ven conmigo, ¡corramos!

Salieron de la cabina y Alan aceleró su paso mientras Shirley Cooper trataba con evidente esfuerzo de ponerse a su altura, y no quedar rezagada.

Llevando a la joven a su lado, Alan regresó al muelle veintisiete y se encaminó a una grúa portuaria que permanecía inactiva.

—¡Shirley, lo de ayer es verdad, ahora estoy completamente seguro!

—¿Qué has visto?

—Mira esta viga de hierro, está manchada de sangre. Aquí le destrozaron las manos a Asael, no cabe ninguna duda.

—¡Qué horror! —exclamó la muchacha sintiéndose mareada por unos instantes.

Luego abrió de nuevo los ojos y con ellos interrogó al hombre si había deducido algo más.

—Después, lo arrojaron al agua atado a unos hierros. Por tanto,

su cuerpo ha de permanecer todavía en el lodo del fondo —indicó señalando el sitio donde más o menos recordaba habían tirado a su amigo el pelotari por negarse a satisfacer los deseos criminales de una pandilla de *gángsters*.

Shirley, pensativa, opinó:

—No se ve nada, son tan negras estas aguas. Sin embargo, nuestra obligación es avisar a la policía en la estación más próxima y dar cuenta de lo ocurrido para que rescaten el cuerpo y los culpables paguen su crimen.

—Sí, hay que dar parte, pero yo no puedo hacerlo. Me pedirían una serie de explicaciones que más adelante ya te contaré. Además, quizá no creyeran lo que ocurrió en realidad y podrían culparme a mí de la muerte de Asael.

—No voy a profundizar en tus secretos, cuando lo creas oportuno ya te escucharé. Ahora, yo misma puedo llamar a la policía. He olvidado decirte que mi padre es el sargento de la Metropolitana, Anthony Cooper.

—¿Tú, la hija de un policía?

—Sí, pero no temas, guardaré tu secreto. Estoy segura de que sólo has sido un testigo del crimen y, no has tomado parte en él, de lo contrario te denunciaría yo misma.

—Mira Shirley, si le cuentas lo sucedido a tu padre, te hará una serie de preguntas hasta llegar al fondo de la verdad y no es que yo la tema, pero debo estar seguro de que no hay errores en la justicia. Preferiría que, de momento, llamáramos a la policía como testigos anónimos indicando el lugar exacto de lo ocurrido. Luego, una vez descubierto el cadáver, volver a telefonar para explicar quienes fueron sus asesinos y por último me presentaría yo como testigo de la acusación.

—Si me juras que no faltarás a tu palabra de presentarte como testigo, yo misma llamaré como anónimo.

—Te lo juro, Shirley.

—Bien, vayamos a telefonar desde cualquier bar.

Minutos más tarde, era Shirley Cooper quién hacía girar el disco taladrado.

Un agente respondió a la llamada y la joven, segura de sí aunque tratando de modificar el matiz de su voz, dijo:

—¿Podría hablar con el teniente Stephen H. Goodyear, por

favor?

No tardó en oírse una voz recia, cuidada.

—¿Quién llama?

—Teniente Goodyear, han tirado a un hombre atado con hierros al fondo del muelle veintisiete. Ha sido asesinado. Busquen su cuerpo bajo las aguas. Yo soy un testigo de lo ocurrido.

Shirley no dio tiempo a que el teniente preguntara su nombre. Colgó inmediatamente y luego miró a Alan.

—Ya está puesta en marcha la primera parte del plan. Cuando encuentren el cadáver de tu amigo, haremos la segunda llamada. Yo, a través de lo que diga mi padre, iré enterándome de lo que suceda y te lo comunicaré.

—Gracias. Nunca hubiera imaginado que existiera una mujer como tú, con esa presencia de ánimo y resolución y además tan guapa.

Shirley sonrió ligeramente.

—Ahora, será mejor que desaparezcamos de aquí. No tardarán en averiguar desde donde hemos llamado y se presentará la policía.

Salieron del bar y no tardaron en perderse por entre las calles del Downtown Manhattan.

Shirley, observando la fatiga que se evidenciaba en los movimientos masculinos, indicó:

—Sería mejor que fueras a tu apartamento y después de meterte bajo la ducha te acostarás.

—Creo que tienes razón. Me hace falta un baño y unas horas de descanso para poder pensar con orden y trazarme un plan. Ten mi dirección. En cuanto sepas algo, llámame. Te estaré esperando.

—Bien, así lo haré. Ahora, también me marcho yo, porque voy a llegar tarde al instituto.

Ambos se despidieron amistosamente.

Cuando Shirley desapareció, moviendo su cabeza pelirroja, Alan pensó:

«Shirley me gusta. Es buena chica y muy bonita, aunque disimule su belleza bajo unos vestidos de corte casi infantil y no lleve minifalda».

CAPÍTULO III

El teléfono que se hallaba sobre la mesita de noche y junto a la cama de Alan Sidney, repiqueteaba insistente.

En la oscuridad, pues había tenido la preocupación de cerrar las ventanas antes de conciliar el sueño, el hombre daba vueltas entre las sábanas, desasosegado.

Las pesadillas surcaban maléficas su subconsciente, pero de súbito abrió los ojos, despertando.

—Están llamando, ¿quién será? —Alargó la mano y cogiendo el auricular lo colocó en su oreja—. Aquí Alan Sidney, ¿diga?

—Soy Shirley.

—Ah, hola Shirley. ¿Qué, qué ha pasado?

La voz femenina se escuchaba algo lejana a través del hilo, pero se adivinaba cierta excitación en su forma de hablar.

Alan se despejó por completo. La ducha que tomara antes de acostarse le había dejado como nuevo.

—Alan, ya han dragado el muelle.

—¿Han encontrado a Asael?

—No.

—¿Cómo? —exclamó asombrado, incorporándose sobre la cama y prestando más atención a las palabras de la mujer.

—Después de nuestra llamada han dragado inmediatamente el muelle. Por ese motivo, mi padre ha regresado tarde al almuerzo y lo ha comentado en la mesa.

—Pero ¿qué ha dicho?

—Que habían recibido una llamada anónima, como puedes suponer, era la mía, y se ha quejado de que les han engañado porque en el muelle no había nada de particular.

—No puede ser, Asael tiene que encontrarse bajo el agua a menos que lo hayan sacado. ¡Tú sabes como yo que es verdad!

—Alan, escúchame con atención. Yo no sé nada en realidad,

pero confío en ti. No obstante, creo que sería mejor contarle lo ocurrido a mi padre.

—No lo hagas, Shirley y tampoco me dejes ahora. De lo contrario, me volvería loco.

—¿Qué piensas hacer?

—Estoy despejado y, sin embargo, mi cabeza se debate en un laberinto de confusiones. Es absurdo que no hayan encontrado el cuerpo de Asael, pero si han registrado el muelle veintisiete del Hudson River sin hallar nada, hay que darse por vencidos en este aspecto. No obstante, estoy completamente seguro, después de haber visto la grúa manchada, de que Callogan fue asesinado allí y delante de mis ojos. Quizá las aguas, en su corriente, lo han arrastrado hasta el océano.

—Podría ser, pero en ese caso ya no lo encontrarían nunca y debes reaccionar, debes hacerlo aunque sé que no soy nadie para exigirte.

—¿Qué extraño, verdad? Nos hemos conocido esta mañana y parece como si, hubiéramos vivido siempre juntos.

—A mí me sucede lo mismo, Alan. Por ello me agrada volverte a ver.

Alan permaneció silencioso unos momentos. Como si sintiera renacer la sangre en sus venas pensó después:

«Shirley me gusta y, de momento, soy un fracasado acusado de ladrón. Sin embargo, he de luchar por la vida y para conquistarla a ella también».

—Alan, Alan, ¿por qué no hablas? —inquirió Shirley asistente al no oír la voz del hombre.

Ante la llamada, éste volvió a la realidad respondiendo decidido:

—Estoy aquí, Shirley. No hagas ni digas nada del asunto, será lo mejor. Si no hay cuerpo no hay delito y sería inútil tratar de convencer a la policía. Yo mismo intentaré solucionar este caso.

—¿Qué te propones?

—Descubrir a esos *gángsters*. Recuerdo vagamente cómo eran y si los descubro, buscaré la forma de hacerlos declarar.

—Te pueden matar a ti también.

—No creo. Desciendo de irlandeses y tengo una piel bastante dura. Cuando haya conseguido algo, te buscaré.

—¡Te esperaré, Alan!

—Gracias, pequeña. No pienso dejarte mucho tiempo antes de verte.

Se despidieron amistosamente.

El hombre consultó su reloj de pulsera de esfera fosforescente y por la hora que marcaba se dijo que la noche ya habría extendido su manto sobre la ciudad y que por tanto no hacía falta mantener la ventana cerrada.

Decidió, pulular por las cercanías del Fives-Court, pues estaba seguro de que allí estaba el nido de arañas que eliminara a Asael Callogan.

No tardó en montar en su «Chevrolet» que rodó hacia la parte baja de Manhattan como el día anterior, cruzando el East River por el puente de Queensboro.

«Veremos si esta noche me embotellan el auto como ayer en las cercanías del Central Park, aunque creo que la culpa fue mía por conducir en aquel estado. En fin apretaré el acelerador porque estoy ansioso de ver los hocicos de esos tipos sin conciencia».

Al dejar caer el pie con fuerza sobre el acelerador hizo que el vetusto «Chevrolet» diera un brinco sobre sus cuatro ruedas lanzándose a una carrera veloz en pos del objetivo fijado y que se llamaba Fives-Court of Fire y al que no tardó en llegar.

Aquella noche también se jugaba en la cancha, aunque Alan no creía que las apuestas alcanzaran la magnitud del día anterior.

Sin prestar atención a las miles de bombillas que parpadeaban anunciadoras a la entrada del local, Alan Sidney abandonó su coche y, subiendo las escaleras, pasó al interior.

—Eh, portero, ¿ha visto a Asael Callogan?

El empleado del frontón le miró con aire ausente y respondió, de forma mecánica:

—No, hoy no se ha acercado por aquí. Quizá venga más tarde, porque no falta ningún día.

—Bien, gracias.

Un griterío propio del recinto y de sus constantes apuestas hirió los tímpanos del hombre, que se acomodó en uno de los asientos dispuesto a ambientarse para ir cercando a sus perseguidos.

Se dijo que con tantos miles de hombres iba a ser casi imposible localizar a los *gángsters*; no obstante, no cejaría hasta dar con ellos.

Dejó escapar su atención hacia la cancha, donde los jugadores,

vestidos de blanco, corrían veloces en pos de la pelota para impulsarla nuevamente contra la pared.

A Sidney no le acababa de convencer aquel juego que los latinos habían importado de Europa, pero la presión de Asael Callogan le había llevado algunas veces hasta allí.

De pronto, captó las palabras de unos vecinos de asiento y escuchó atento lo que decían.

—Hoy está esto muy aburrido. Será mejor que bajemos al club; al menos, recrearemos un poco la vista.

El hombre obeso, pero elegante, que acababa de hablar, lanzó una carcajada, queriendo dar más fuerza a sus palabras. Su compañero, cortado del mismo patrón, convino en lo mismo, respondiendo:

—De acuerdo. En el Liberty lo pasaremos más en grande.

Alan recordó que siempre que fuera al Fives-Court lo que había hecho era ver jugar a su amigo, pero ahora se percataba de que abajo existía algún local adonde es que se aburrían en el frontón bajaban a divertirse.

Abandonó el asiento y regresó al acceso de entrada, preguntando otra vez al portero.

—Oiga, ¿dónde se encuentra el Liberty?

—¿No lo sabe?

—Pues no. He oído decir que los que se aburren de ver jugar se van a él.

—Sí, y los partidos de hoy no tienen mucha importancia. Mire, salga a la calle y a veinte yardas a la derecha verá el rótulo que se lo indicará.

Alan descendió las escaleras con desenfado. Una vez en la calle no tardó en divisar las letras de neón que anunciaban: *Liberty Night Club*.

«¿Un *night-club*? Aquí dentro deben organizarse los *tricks* del Fives-Court. Voy a entrar; quizá halle el cabo del hilo. Luego, estirando, estirando, llegaré al final, si no acabo antes bajo las aguas del Hudson, claro».

Se introdujo en el local tras descender unos peldaños estrechos y quedó inmerso en una semioscuridad rojiza que dio a sus venas una sensación de sensualidad.

Se aproximó al mostrador y apoyó los antebrazos en la barra,

pidió un *whisky*, que una de las chicas escanció en un vaso ante él.

Tras mojarse los labios con el licor, se encaró con la pequeña pista que, saliendo del fondo como un ascua, centraba la sala.

«Bueno, aquí hay mujeres que hacen las delicias de los ganadores de las apuestas que bajan a celebrarlo, y esa pareja que da cabriolas por la pista no lo hace del todo mal; pero ése no es mi camino. Yo debo encontrar a tres tipos que juraría han de estar por aquí pero tendré que esperar a que mis pupilas se acostumbren a estas luces, si es que a esto se le puede llamar luces».

Alan Sidney cavilaba mientras recorría la sala con la vista, pero a su lado había una rubia platino que trataba de mostrarle cuán ligera era la ropa que cubría su cuerpo ondulante.

—¿Qué, cariño, no te sientes solo?

Antes de responder, el hombre la miró de arriba a abajo, con aire suficiente.

Vio una sonrisa artificial en sus labios, un escote increíblemente pronunciado, mostrando una carne tostada y un generoso trozo de muslo por encima de la rodilla. Sidney pensó que al lavar el vestido, seguramente habría encogido.

—Pues no me siento solo; lo que pasa es que estoy buscando a «Gorilla» —respondió.

—¿A ese bruto?

—Sí, a él. Deseo hablarle.

—Hace un rato que lo he visto por ahí, pero la verdad es que más te valdría aceptar mi compañía. Al menos, pasarías un buen rato.

—Ahora no puedo.

—Está bien, como quieras. A pesar de que no te hago ningún efecto, tú me gustas, y te voy a decir que cuando acabe de cantar Pantheress se encenderán más luces y podrás encontrarlo.

—Gracias, encanto. Anda, sírvete un *whisky*; pago yo. Otro día, quizá, me hagas falta.

—Acepto el *whisky*. Me lo beberé a tu salud y en espera de que me necesites pronto. ¡Me gustas mucho, pelirrojo!

Alan quedó sentado en el alto taburete de la barra junto a la rubia platino.

Mientras, la pareja se retiraba de la pista para dar salida a la cantante que su acompañante había denominado Pantheress.

—¿Está mucho rato cantando Pantheress? —preguntó Alan, por decir algo.

—Pues, no. Unos cinco o seis minutos como máximo. Más tarde tiene otro rato de *show*, pero ahora sólo precalienta el ambiente —aclaró la mujer-gancho del Liberty.

—Veamos qué tal resulta.

—En el fondo es como todas nosotras; lo que pasa es que algunos se chiflan muy pronto por ella. Quizá sea su modo de caminar, y por eso se ha puesto ese nombre, Oye, y tú, ¿de dónde eres? No tienes acento neoyorquino.

—Soy de Mackay City. Eso está en Idaho.

—Yo tampoco soy de aquí. He nacido en el estado de Tennessee, pero allí me ganaba mal la vida.

Sidney dejó de escuchar a la rabia, que no cesaba de acercarse a él y mostrarle la piel suave que poseían sus piernas, porque, siguiendo la llama roja que era la pista, acababa de aparecer Pantheress.

—¡Diablos, qué mujer!

Tras su exclamación, Alan dejó escapar un silbido de admiración que hizo esbozar un gesto de disgusto a la rubia, que exclamó molesta:

—Ya sabía yo que en cuanto saliera ésa me quedaba sin pájaro.

Sidney no veía otra cosa que la mujer que avanzaba sinuosa, felina y terriblemente excitante.

Iba vestida con una tela de terciopelo negro brillante que la ceñía por completo, transformándose de cintura hasta los tobillos en unos pantalones que más parecían una segunda piel.

Los pies eran blancos y desnudos, posándose suaves sobre la pista.

—Esa mujer es capaz de volver loco a quién se proponga —murmuró, mientras seguía mirando aquel busto perfecto y generoso.

Los brazos femeninos eran níveos, al igual que el rostro.

Su cabello, rubio, caía sobre la espalda con desenfado, cubriendo el principio del escote posterior, que terminaba en punta dos pulgadas más abajo de la cintura.

—Eso hay que verlo de cerca; si no, no se puede apreciar bien. Bueno, chica, otro día vendré a por ti.

—Hum, qué remedio me queda. Aunque no vayas a creer que

Pantheress va a hacerte caso. Ya son muchos los que la siguen sin conseguirla.

—De momento me aproximaré para oírla mejor.

—Sí, eso, oír, que ya lleva una aquí algunos años.

Alan, sonrió a su informadora, la cual deshizo el mohín de disgusto y esperó a que acabara de cantar Pantheress, pues en aquellos momentos no había hombre que no tuviera sus ojos fijos en ella.

La voz de la cantante era tan cálida y melodiosa que podía permitirse lujo de decir cualquier cosa, que sería escuchada atentamente.

La artista se deslizaba más que caminaba por la pista, trasladándose de un lado a otro. Repartía las notas de su canción y enervaba las pasiones de los hombres que concurrían al club.

Una de las veces, Alan la tuvo tan cerca y de cara que casi hubiera jurado que aquel «te amo» se lo había dirigido a él.

Los ojos azules centelleaban. Aquella mujer debía ser terriblemente apasionada.

Pero el tiempo fue transcurriendo sin que Sidney se apercibiera de ello y Pantheress terminó su actuación quedando estática y erguida, como desafiando al mundo entero, a unas dos o tres yardas de donde él se encontraba.

En aquel momento, un hombre cuidado y elegante, aunque de edad avanzada, se levantó de su silla, aproximándose a la joven.

«¡Si es el tipo de ayer, el que llamaban Olg!».

Alan Sidney recibió como una descarga eléctrica en todos sus nervios, poniéndolo en tensión y dispuesto a dispararse como un muelle de acero.

Idas un pensamiento le contuvo:

«Si arremeto aquí contra él, es posible que acaben pronto conmigo, y aunque consiguiera atraparlo, nunca llegaría al cerebro de la banda. Recuerdo que hablaban de un *boss*. Quizá fuera mejor que me hiciera su amigo y de este modo poner todas las cartas boca arriba sin temor a que quedaran escondidos».

De improviso sucedió algo que no entraba en sus planes, pero que vino a ayudarle.

Un sargento de la Army que estaba allí y había bebido en demasía, elevó su estatura enorme, acercándose vociferante a

Pantheress, que no logró esquivar el abrazo que él la prodigó.

—¡Suelta, estúpido!

Aún excitó más al sargento sentir las uñas largas y duras de Pantheress rasgando la piel de sus mejillas.

Olg quiso intervenir, pero de un manotazo dado por el militar rodó grotescamente por el suelo, provocando la hilaridad de algunos concurrentes.

—Deja a la chica, sargento —ordenó Alan, cogiendo al militar por el brazo.

Éste, tratando de sacudírselo de encima y besar a la muchacha, gritó:

—¡No te metas en esto, pelirrojo!

El joven no lo pensó dos veces y descargó su diestra contra el costado izquierdo de su adversario, haciéndole proferir una exclamación de dolor y soltar instintivamente a la cantante.

—Ya te lo he advertido —gruñó Alan, cuando se disponía a lanzar un *upercut* para rematar su obra.

Más no había previsto que el militar era ducho en las peleas y sintió cómo el puño macizo de éste se estrellaba sobre su boca, produciéndole una sensación de calor intenso.

—¡Ahora verás, pelirrojo!

Alan rugió como una fiera al sentirse herido y proyectó una serie de golpes directos que alcanzaron al sargento en el mentón y las orejas antes de que pudiera utilizar de nuevo sus puños.

—¡Dale lo que se merece, pelirrojo! —Acució Pantheress.

Alan Sidney actuó con vertiginosa rapidez, dando dos zurdazos seguidos en el estómago de su contrincante y un derechazo en el plexo solar, que fue definitivo para el sargento.

Tras lanzar un espumarajo sanguinolento al suelo, cayó desplomado.

—Bueno, creo que no necesita más.

CAPÍTULO IV

James y «Gorilla» se acercaron a Alan Sidney mientras Olg, ya repuesto, hacia otro tanto, diciendo:

—Gracias, amigo. Has hecho un buen trabajo. Si necesitas algo, aquí está la mano de Olg, que soy yo.

El joven iba a contestar que ya lo sabía, más ahogó su respuesta.

Miró a «Gorilla» y a James y pensó que ellos deberían ser los encargados de mantener el orden en el local, pero al parecer habían preferido que en esta ocasión hiciera él el trabajo de acabar con el sargento camorrista.

No obstante, y antes de esconderlas, vio unas porras pequeñas que se habían preparado para utilizar.

—¿Cómo te llamas, pelirrojo? —preguntó Pantheress, con voz sinuosa, a semejanza de sus movimientos.

—Alan, Alan Sidney.

—Vente conmigo al camerino. Te han partido los labios por mi culpa y debo darte una reparación.

—Como gustes.

—Tengo un pequeño botiquín que podrá aliviar en algo tu herida.

Sidney se disponía a seguirla con gran satisfacción íntima, pues sabía que provocaba la envidia de los demás y el asombro de la rubia platina. Por su parte, Olg, con su acento autoritario, ordenó:

—¡James, «Gorilla», tirad al sargento al callejón! No quiero estorbos aquí.

—Bien, Olg —seseó James, por entre el hueco de sus dientes.

Cogió por las piernas al sargento y «Gorilla» hizo otro tanto con los brazos.

—Aquí siempre hay algún imbécil que desea que lo zurren —dijo Pantheress, antes de desaparecer de la sala precediendo a Alan.

Traspasaron un pasillo y la mujer, después de encender la luz de

uno de los camerinos, penetró en él, haciendo pasar también al hombre.

—Anda, siéntate aquí.

—Si no vale la pena. Esto de los labios no tiene ninguna importancia.

—No te hagas el suficiente. Ese sargento debe tener un puño como un yunque, porque te ha partido el labio de arriba y el de abajo. Además, hay que limpiar la sangre.

—Mientras no se me hinchen luego.

—Yo me cuidaré de que no sea así.

Con singular destreza, Pantheress alivió y curó los labios del hombre, quien trataba de aguantar el dolor que le producían sus manipulaciones, ahora que la herida ya estaba en frío.

—No te había visto nunca por aquí, Alan.

—Es la primera vez que vengo.

—Pues a mí me agradecería verte con más asiduidad.

Sidney se sentía como si se hubiera sentado encima de un hormiguero, y se movía nervioso ante la proximidad de Pantheress, que acabó por acomodarse en sus piernas para trabajar mejor.

—Bueno, creo que lo tienes curado.

Ella puso las palmas de sus manos en las mejillas masculinas y, acercándose a él, le dio un beso suave en los labios. Alan pensó que aquello era la mejor medicina para su mal.

—Éste es el premio que te doy por haberme ayudado.

—Pues el premio ha superado en mucho al trabajo.

—Presiento que vamos a ser muy amigos, me gustas. Eres muy varonil.

—Tú no te andas con rodeos para decir las cosas, ¿verdad?

La mujer, que aún permanecía sentada en las rodillas de Alan, rodeó el cuello de éste con sus brazos blancos y de piel sedosa.

—La vida es corta y he aprendido que hay que ir directos al grano si deseamos comer.

—Opino lo mismo —asintió él, dejando resbalar sus manos por el terciopelo que cubría la cintura de la atractiva criatura.

Le pareció realmente estar acariciando una pantera.

De pronto escucharon unos pasos por el pasillo y Pantheress se apresuró a ponerse en pie, separándose de Alan con un poco de desilusión por parte del joven.

—Hola, Olg. ¿Habéis echado ya a ese sargento a la calle?

El *gángster*, elegante y sonriente, acababa de penetrar en el camerino como si fuera habitual en él entrar sin llamar. Aparecía alegre y risueño, como si nada hubiese ocurrido.

—Sí, lo han dejado junto a la basura. He dado órdenes para que no volvamos a ver más su cara de imbécil dentro del Liberty. Y a ti, no sé cómo te llamas, pero te doy las gracias por lo que has hecho.

—No tiene importancia. Lo volvería a hacer. Tan sólo me han aplastado los labios, y Pantheress se ha encargado de curarlos, dejándolos como nuevos —contestó Alan, estudiando disimuladamente al *gángster*.

Debía franquearse su confianza para poder tender una redada a toda la banda.

Olg se encaró con Alan y, extrayendo una pitillera de oro, le ofreció un cigarrillo, que el joven aceptó. Después continuó hablando, con su eterna sonrisa:

—Yo soy el dueño del Liberty, y como en realidad nos has ayudado, desearía recompensarte en algo. De momento, esta noche puedes beber en la sala cuánto te apetezca y apartarte para ti la chica que quieras. Nadie te molestará y paga la casa. Soy inflexible para mis enemigos, pero pago bien los favores que se me hacen.

Alan miró a Pantheress, que paseaba tras Olg. Deseaba decir que quería pasar la noche junto a ella, pero se contuvo. Desde el primer instante había adivinado que entre ella y Olg existía algo, aunque por parte de la mujer sólo fuera gratitud.

—Verá, le agradezco su oferta, pero lo que en realidad me hace falta es ayuda. He tenido un disgusto y...

—¿De qué se trata? —inquirió Olg, prestando más atención.

Pantheress también se detuvo, apoyando su espalda contra la pared y clavando sus ojos azules y centelleantes sobre Alan, por encima del hombro de Olg, para que éste no la viera.

—Pues verá. Yo trabajaba en una compañía de la que no importa el nombre y alguien sustrajo una cantidad. Desde luego, no fui yo, pero todo pareció culparme a mí y me despidieron como ladrón. Ahora estoy sin trabajo y sin blanca.

—O sea, que buscas ocupación.

—Así es, porque de lo contrario, mañana ya no tendré ni para un *whisky*.

Olg frunció el entrecejo, apareciendo pensativo y dubitativo durante unos instantes. Pantheress se despegó de la pared, aproximándose al *gángster*, y lo cogió por un brazo. Con ademán cariñoso, susurró:

—Dale un empleo, Olg. Tú puedes hacerlo.

—¿Te interesa a ti que se lo dé? —inquirió el viejo, girando su cabeza hacia ella.

Trataba de buscar en los ojos femeninos una respuesta a los celos ocultos que comenzaban a cosquillear sus entrañas.

—James y «Gorilla» no han llegado a tiempo de defenderme. Gracias a él no he pasado a manos de ese bruto, y eso a ti no te hubiera gustado, ¿verdad? Y Evanson, a pesar de estar siempre vigilando, no interviene salvo que tenga que salvar su repelente pellejo.

Olg amplió su sonrisa sin dejar de mirarla, embobado, casi olvidándose de que Alan Sidney estaba allí sentado, en espera de los resultados y sin hablar.

Se daba cuenta de que Pantheress se había puesto a su favor desde el principio y ella podía conseguir más que él.

—Pues claro que no, cariño, no me lo perdonaría nunca. Sabes que todo lo que te he dado es para que sólo veas un hombre en tu vida, y ese hombre, supongo no olvidas quién es.

—Naturalmente que no, Olg. Además, no hay ninguno tan elegante como tú, y ya sabes cuánto aprecio esos detalles. Ahora, preocúpate del pelirrojo y dale un empleo. Tiene buenos puños, y un hombre así puede ayudarte mucho.

Esta vez, Olg se volvió hacia Alan, quien estaba confirmando en su mente la atracción que el viejo sentía por Pantheress y lo ligada que ella estaba a él.

—Ya ves, puedes darle las gracias a Pantheress, aunque la verdad es que tu petición no es descabellada. Me hacen falta buenos puños dispuestos a ejecutar mis órdenes sin preguntar. La curiosidad es mala consejera y muy peligrosa dentro de nuestra profesión.

—¿Puedo contar con ese empleo? —preguntó Alan, escueto, mientras veía en la cabeza de Pantheress un movimiento afirmativo que el *gángster* no pudo advertir.

—No corras tanto, Alan. Así has dicho que te llamas, ¿verdad?

—Sí, Alan Sidney.

—Podemos llamarle Alan «el Pelirrojo». Queda mejor dentro de nuestro argot hampón —objetó la mujer, con una sonrisa.

Olg corroboró la idea.

—De acuerdo, me parece bien, Alan «El Pelirrojo», pero antes quisiera hacerte unas advertencias.

—Escucho y acepto de antemano, porque tengo los bolsillos limpios y una patrona a la que llamo la bruja Stocky, y le debo varias semanas de alquiler del apartamento.

—Bien, me congratula que de antemano se vayan aceptando las condiciones sin oponer reservas. Ante todo te repetiré que yo soy el dueño del Liberty, pero no el jefe del clan que lleva nuestros negocios.

—¿Ah, no? Entonces, ¿quién es?

—Ésa es una de las cosas que no sabrás nunca y que ni siquiera podrás preguntar. El *boss* no quiere que lo conozca nadie; ni yo sé su identidad. Pero él nos conoce a todos y sabe organizarnos para que todo salga según ha planeado.

—Qué interesante —repuso Alan, intrigado.

Por su parte, Pantheress continuaba colgada del brazo de Olg, quien siguió advirtiéndolo:

—Por mí, tienes el empleo concedido. Me pareces buen miembro para el clan. Eres resuelto y tienes buenos puños, pero es el *boss* quien tiene que decidir si te puedes quedar o. No obstante, yo le hablaré antes de ti.

—Bien, estoy dispuesto a ser examinado por el misterioso *boss*, aunque la verdad es que me ha gustado siempre ver la cara de la gente. Claro que si no es posible, no me quedará otro remedio que aguantarme.

—Te conviene. Y si respondes a nuestros deseos, no te faltarán dólares en los bolsillos. Los negocios son productivos, pero una vez dentro de nuestro clan no se puede desertar.

—De acuerdo, estoy dispuesto a todo. Me han llamado ladrón sin serlo y ahora cobraré caro ese apelativo. La sociedad tiene la culpa por empujarme a esto.

—Bien dicho. Además, con nosotros no hay que temer nunca a la cárcel. Siempre hemos salido con bien de todos los líos. Pantheress puede confirmarte mis palabras.

—Es verdad, Alan. Ninguno de nosotros, mientras hemos formado parte del clan, hemos visto una estación de policía.

—Me agradan las garantías, aunque hubiera aceptado lo mismo —respondió Alan Sidney, tratando de no mirar demasiado a Pantheress para que Olg no se volviera atrás en sus proposiciones.

—Te advierto una cosa: No tenemos piedad con los traidores.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cómo he de llamarle?

—Olg, como todos. Luego te presentaré a James y a «Gorilla». Son buenos muchachos y saben trabajar con afectividad. Desde un buen principio conocen lo que les conviene, y a Pantheress ya la conoces.

—He oído que Pantheress nombraba a un tal Evanson. ¿Es ese James?

—No. Evanson no suele intervenir en las peleas, aunque quizá sea uno de los más efectivos cuando hay que eliminar a alguien.

—¿Qué hace él, entonces?

—Vigila, huele las presas y luego los demás intervenimos.

—¿Me lo presentarán?

—No. Evanson siempre pasa desapercibido. Ni siquiera James y «Gorilla» lo conocen.

—Bien. Ahora sólo falta el *boss*.

—Ya te he dicho que a él nunca lo conocerás.

Alan se puso en pie, balanceando sus hombros, anchos y musculosos. Le llevaba una cabeza entera a Olg, y de habérselo propuesto, el *gángster* habría desaparecido entre sus manos en pocos segundos. Pero él sabía que debía esperar; de lo contrario, nunca lograría atrapar al misterioso *boss*.

—Creo que con esto tendrás suficiente para pagar a esa bruja que tienes por patrona —dijo Olg, sacando un fajo de billetes de un bolsillo interior.

Alan recogió el dinero de las manos del *gángster*, diciéndose que era un hombre muy inteligente y perspicaz, pero que su punto débil era Pantheress.

—¿Mil dólares?

Alan lanzó un silbido de admiración. Olg, satisfecho, objetó, sonriente:

—¿Te parecen pocos?

—No, al contrario, me parecen muchos.

—Pues si el *boss* te acepta en el clan, puedes ganar muchos más.

—¿Y si se niega? —arguyó el joven, mientras guardaba aquel dinero, que le era tan necesario para seguir subsistiendo.

Antes de que Olg diera una respuesta, fue Pantheress la que apuntó:

—Podrás pensar que te han pagado generosamente un favor que has hecho.

—Ella tiene razón —corroboró Olg, asintiendo con la cabeza.

—Estoy viendo que me conviene formar parte de vuestro clan. Se gana buen dinero y a mí me hace falta.

Pantheress no cesaba de mirar a Sidney, y con sus ojos críticos comprobó que la ropa que utilizaba el pelirrojo era *sport* y de calidad regular. Sin embargo, prefirió no decir nada que molestara a Olg. Este último fue el que nuevamente hizo sonar su voz en el camerino:

—Bueno, he de ir a comprobar cómo va todo y telefonear al *boss* para consultar tu caso y quedar de acuerdo para una entrevista. Tú, Pantheress, prepárate para tu salida a la pista, y si alguien alborota, llama inmediatamente a James y a «Gorilla»; ellos te ayudarán.

—Olg, le espero para que me diga la resolución del *boss*.

—De acuerdo. Después pasaré por aquí para decirte lo que haya. Hasta luego.

El *gángster* salió al pasillo y la mujer se apresuró a cerrar la puerta con el llavín interior.

Sinuosamente, se acercó a Alan, colgándose de su cuello y aplastando su cuerpo bien formado contra el del hombre. Él no pudo resistir la tentación y la besó a pesar del terrible dolor de sus labios molturados.

—Basta, basta. De lo contrario, Olg notará mis labios irritados y es muy celoso.

—¿Amas al viejo?

—No, pero estoy ligada a él. Ahora acepta estos mil dólares; algún día me los devolverás. Cómprate buena ropa; amo la elegancia en el hombre, y ya te he dicho que tú me gustas y has de ser muy elegante para mí.

—No, gracias, no quiero aceptar dinero de una mujer. Antes prefiero que los gusanos me coman.

CAPÍTULO V

Shirley Cooper saltó al «Chevrolet» de Alan, que aguardaba en el Battery Park.

—Hola, Alan. Hace rato que te espero. Pero... ¿qué te ha pasado en la cara? —Inquirió, alarmada.

—Nada, pequeña. En el *Liberty Night Club* me parece que está el nido de esas arañas que atacaron a Asael Callogan.

—Pero, tu cara...

Alan sonrió mientras conducía el automóvil con mano experta hacia el Holland Tunnel, atravesando de este modo el Hudson River en dirección al norte de Richmond.

—Poca cosa para lo que imagino me espera. Para ganarme la confianza de esos *gángsters* tuve que pegarme con un sargento de la Army.

—¡Pero te pudieron hacer daño!

—Yo no utilizo armas, confío en mis puños, y aunque hasta ahora nunca he tenido que emplearlos con profundidad, sé que todavía son duros.

Shirley esbozó un mohín de disgusto, pero dióse cuenta de que no podía modificar los propósitos de Alan.

El vetusto «Chevrolet» les condujo hasta el bosque situado en el norte de Richmond.

—Verás, ya te contaré. Aquellos *gángsters* que tiraron a mi amigo Asael al fondo del Hudson, atado con unos hierros...

El hombre fue explicando sus aventuras, pero velando un mucho cuanto sucediera con Pantheress. Sabía que a Shirley no le podía gustar y quizá le retirara su confianza. A él le atraía la cantante, pero comprendía que Shirley era la mujer que podía hacerle feliz.

Antes de continuar, Sidney cogió una mano de la muchacha con actitud cariñosa y comenzó a besarla, provocando un temblor de emoción en los nervios de la inocente hija del sargento de policía.

—Shirley, esos hombres no tienen conciencia y han de desaparecer. Les he oído vanagloriarse de ser impermeables a las celadas de la policía. Según ellos, nunca han caído en sus redes. Su jefe debe ser muy astuto. Sólo yo puedo destruirlo haciéndole creer que soy de los suyos.

—Pero si te descubren, te matarán.

—No me importa demasiado.

—¡Alan, no digas eso! Quien te quiera no puede permitir ni desear que acabes en las manos de esos facinerosos.

—¿Y quién me quiere a mí en realidad? No tengo familia, estoy solo, no tengo amigos...

—¡Yo te quiero, Alan!

—¡Shirley!

La joven, en su impulso, acababa de delatar los sentimientos que habían crecido en ella de forma aparatosa. Quiso retroceder, volver atrás en sus palabras, pero era imposible.

Alan la atrajo hacia sí y la besó en los labios, frescos y jóvenes, que al principio opusieron resistencia, pero acabaron por entregarse plenamente.

—Shirley, yo también te quiero. Tú me darás la fuerza que necesito para acabar con esos miserables.

Ella no respondió. Se sentía mareada. Era la primera vez que un hombre la besaba de aquel modo. Algo en su interior le dijo que la caricia había durado poco, y fueron sus labios busca de los masculinos, que correspondieron ampliamente.

—Alan, no permitas que te hagan nada. Si quieres, pediré ayuda a mi padre. Él te apoyaría.

—No, no digas nada a tu padre. Si esos hombres intuyeran algo de lo que pienso hacer, no darían tiempo a nada. Tú no les conoces. No sienten piedad por nadie.

Sólo una pulgada separaba sus rostros, mientras los dos cuerpos permanecían apretados en el interior del «Chevrolet». Sidney se daba cuenta de que bajo el vestido femenino se cobijaba un cuerpo armonioso, tal como presumiera el día anterior.

Alan, ¿seguro que me quieres o has respondido así por lo que yo te he dicho?

—¿Dudas de mis palabras?

—No, Alan, no dudo ni quiero dudar. Es tan maravilloso sentirse

amada... —Nunca había experimentado este placer que proporciona la presión de los brazos de un hombre.

—Bien, pequeña. Será cuestión de que abandonemos este paraje. Está anocheciendo y yo tengo una cita a la que no puedo faltar.

El abrazo les había hecho olvidar que las horas transcurrían inalterables. Los dos se sentían a gusto en aquella posición. Los latidos de ambos corazones se habían fundido en uno solo, pero la llegada de la noche les devolvió a la realidad. El «Chevrolet» abandonó el bosque rumbo a Manhattan.

—Ya te comunicaré todo lo que ocurra.

—Alan, no olvides que, en caso de peligro, debes llamarme. Yo te enviaré a mi padre con sus hombres.

—De acuerdo. Si él momento lo requiere, haré ese llamamiento que me ofreces, aunque creo que podré valerme con mis puños.

Tratando de defender lo que creía suyo, Shirley no cesaba de aconsejar al hombre. Al ser hija de un agente ella conocía las encrucijadas en que podía verse envuelto. Por ello, advirtió una vez más:

—Alan, procura no cometer ningún acto delictivo. Ellos pueden hundirte a ti también.

—Te comprendo, y por ello he preferido no utilizar armas de fuego. Me valdré de mis puños. En Idaho tuve oportunidad de hacer durante años de *amateur* en boxeo... Ello me puede ayudar ahora.

—Trata de esquivar las responsabilidades que te quieran adjudicar. Puede que te pidan que robes o asesines.

—Por desgracia, ya estoy clasificado como ladrón, pero no daré pie a la sociedad para que confirme ese tratamiento, del que soy totalmente inocente.

Atravesaron de regreso el Hudson River, mientras Shirley Cooper dejaba caer su cabeza soñadoramente sobre el hombro de Alan «el Pelirrojo», tal como le llamaba su amiga Pantheress.

—Te dejaré en el Battery Park. Si mañana tengo alguna noticia importante, ya te telefonearé.

—Aunque no tengas noticias, llámame. Deseo estar tranquila y saber que nada te ha ocurrido. Si no me telefoneas, creeré que te han descubierto y me sentiré muy desgraciada.

—Está bien, te llamaré, y así sabrás que no me he dejado cazar por ellos.

Alan dejó a la muchacha en el lugar acordado, despidiéndose con un beso fugaz en los labios, pero que evidenciaba el amor que acababa de nacer entre ellos con todo el ardoroso empuje de su juventud.

Puso de nuevo el «Chevrolet» en la calzada central, al tiempo que miraba su reloj.

—Las nueve y media. Es temprano, pero puedo esperar en el interior del Liberty.

Condujo con soltura el volante del automóvil por entre el fárrago del Eva York nocturno, admirando los anuncios luminosos que con sus neones multicolores alegraban su vista.

Enfiló por Broadway, pasando junto a la Trinity Church, que, con su aspecto imponente y sobrio, semejaba desafiarle.

Penetró en Vestry Street, y al poco fue a parar al frontón, aparcando el coche a unas doscientas yardas del local.

—Será mejor que me llegue allí a pie. No deseo que puedan cortarme la retirada en caso de que tenga que poner tierra por medio —masculló para sí.

CAPÍTULO VI

Acomodado en una de las mesas de pista, Alan Sidney hacía rodar entre sus manos el doble de *whisky* que le habían servido, al tiempo que contemplaba las evoluciones de Pantheress, que, con su voz sensual y armoniosa, acaparaba la atención de los concurrentes al *night-club*.

En su mente se perfilaron los rostros de Shirley Cooper y Pantheress, dos mujeres tan completamente distintas que semejaban haber nacido en mundos opuestos.

Como los demás, Alan no podía evitar la fascinación de aquella mujer felina, que iba deslizándose hacia él mientras, su cuerpo, propio de una escultura, daba la sensación de estar movido por la mano del diablo.

Sidney se dijo que aquel cabello dorado, los ojos azules, la tez blanca y el atuendo negro atraían poderosamente. No obstante, Shirley le gustaba más. Era la mujer que le haría dichoso, proporcionándole un hogar, unos hijos. En cambio, Pantheress sólo le ofrecería una felicidad momentánea hasta que llegase otro que le gustase más.

El hombre tuvo que apurar el contenido del vaso en busca de fuerzas.

Pantheress se había situado ante él, afincando sus pies desnudos sobre la pista y no cesando de moverse ondulante. Una sonrisa, mezcla de fiereza y agresividad, jugueteaba en sus labios.

—Luego pasa a verme.

Las palabras se habían deslizado suaves, casi imperceptibles.

Alan era el único hombre de la sala que las había captado, y, sin pensarlo, asintió con la cabeza. Ella se dirigió a otro ángulo de la pista.

«Tendré que ir con mucho cuidado si no quiero perderme. Hum, por allí veo a Olg, que se acerca. Quizá Pantheress lo ha visto antes

que yo y por eso se ha marchado de aquí», pensó.

El *gángster* viejo y elegante, luciendo un clavel blanco en la solapa de su *smoking*, se detuvo ante la mesa de Sidney.

Sin aceptar la invitación del joven para que se sentara, arguyó:

—Sígueme. El *boss* nos espera.

—Magnífico. Tenía deseos de verlo.

—Pues vamos. A mí también me duele perderme la actuación de Pantheress. Es una mujer divina.

Olg había hablado con énfasis. Después, con un movimiento de su diestra, saludó a la cantante y ésta respondió mandándole un beso, que Alan adivinó era obligado.

Ella sólo representaba una farsa con el viejo, mientras que él sentía verdadera idolatría por la mujer.

—¿Hemos de trasladarnos a otro lugar de Manhattan?

—No. Aquí, en los sótanos del Liberty, tenemos una estancia que el *boss* ha elegido especialmente para sus entrevistas.

Sidney decidió no hacer más preguntas, pero se propuso grabar en su mente el camino que conducía a la habitación donde el cerebro del clan solía ordenar los rúmenes que habían de cometerse.

Abandonaron la sala y se introdujeron por el pasillo de los camerinos. Al final de éste, y cuando ya la música de *jazz* languidecía en sus oídos, descendieron por una escalerilla de caracol, que crujió bajo su peso, continuando después por otros corredores.

—Este local es un verdadero laberinto —arguyó Alan siguiendo a Olg.

Éste iluminaba el camino con una linterna, que ahuyentaba las ratas, que pululaban tranquilamente por doquier.

—Estamos bajo el Fives-Court. Antes, el local era polideportivo y se jugaba a baloncesto, *hockey* y demás deportes. Esos pasillos, con las salas correspondientes, se utilizaban como vestuarios para los jugadores. Desde que compraron el local para convertirlo en frontón de apuestas, esto quedó abandonado y se hicieron otros vestuarios modernos en el ala sur del local. Por aquí ya no pasa nadie jamás; sólo nosotros tenemos acceso estos corredores solitarios. El *boss* nos reveló lo que murria cuando se fundó nuestro clan e hizo que abriéramos una puerta en el sótano del *night-club* que nos condujo

hasta aquí.

Las explicaciones de Olg habían servido para que Alan no se desorientara en aquel dédalo de corredores siniestros y oscuros, que sólo conducían a vestuarios habitados por ratas y donde el agua goteaba a causa de la humedad reinante.

—Bueno, ya hemos llegado.

Olg se detuvo ante una puerta que no se diferenciaba de las demás a simple vista, pero sí podía advertirse en ella que poseía una cerradura de las mejores que tenía a la venta el mercado de Nueva York.

—Pues entremos.

—No, y no olvides jamás lo que voy a decirte si deseas conservar tu piel. El *boss* no se fía de nadie, casi diría que ni de su alma, y tiene advertido que nunca se entre en esta estancia sin llamar previamente y dar él su consentimiento.

—¿No cree que es un poco absurdo tomar tantas precauciones? —inquirió Alan, sardónico.

—Deberás acostumbrarte a que lo que hace o dice el *boss* no se discute. Además, lo que te he dicho ha sido prevenirte a ti, puesto que si observas la puerta verás un agujero muy significativo.

Olg iluminó con la linterna lo que quería indicar, y Alan vio el orificio que había en la madera, a todas luces producido por un balazo. El *gángster* continuó:

—Badly, uno de los que antes pertenecían al clan, no tuvo en cuenta este aviso y entró, encontrándose con la muerte frente a él. El *boss* siempre aguarda de cara a la puerta con una «Browning» entre sus manos. Cuando se abre la puerta, dispara sin contemplaciones a matar, sea o no de los nuestros.

—Está bien. No pienso dejarme matar estúpidamente como una rata de las que tanto abundan por aquí.

—Por tu bien, lo harás.

Después de pronunciar esta sentencia, Olg dio unos golpes convenidos con los nudillos sobre la hoja de madera. Una voz recia y clara respondió desde el interior.

—Pasa, Olg. Hace rato que os estoy oyendo.

El interpelado abrió la puerta. Pasó a la estancia seguido de Alan, quien trataba de escudriñar las tinieblas en busca del *boss*.

—¡Apaga la linterna, imbécil!

—Perdona —contestó Olg, confuso, mientras obedecía y dejaba la sala a oscuras, sin ninguna ventana que diera al exterior.

Alan tanteó con los pies, adelantándose hasta el lugar de donde nacía aquella voz autoritaria.

—No camines más, amigo, si no deseas que mi gatillo se ponga nervioso y deje escapar unas onzas de plomo.

Sidney se contuvo. Terminaba de darse cuenta de que no sería fácil acabar con aquel hombre tan desconfiado. Por ello, dijo, con naturalidad:

—Sí que parece receloso.

—Lo soy por naturaleza. He oído que Olg te explicaba que no me fío ni de mi alma y es verdad. Así que obedece en cuanto yo diga y tu piel saldrá beneficiada.

Olg, más habituado a la estancia, se colocó a la espalda de Alan, previniendo cualquier acto por sorpresa que éste pudiera hacer.

—Bien, ¿qué he de hacer? —inquirió Alan, percatándose de que ante la desconfianza mortífera de los *gángsters* debía actuar con entera normalidad.

—Primero, encenderemos una luz. Deseo conocerte.

Una linterna de vigilante, cuadrada y de foco amplio, quedó encendida sobre una mesa, tras la cual se acomodaba el *boss*.

La mano de éste orientó el foco hasta dar con la cara de Sidney, que parpadeó ostensiblemente ante la luz que le deslumbraba.

—No me parece mal para el trabajo que debes realizar. Tienes buenos puños y, según creemos, eres fuerte. Olg ya me ha hablado de ti y de tu actuación con un sargento de la Army, pero todo ello no basta. Habrás de demostrarme que eres fiel, porque a los traidores yo no los perdono.

—Si me quitas el foco de la cara, estaré más tranquilo.

El *boss* giró la linterna, iluminando la superficie de la mesa, y Alan aprovechó para escrutar la estancia, tratando de descubrir el rostro de aquel hombre. Mientras, Olg permanecía silencioso tras él.

—No seas iluso. No vas a conocerme aunque te lo propongas, y si llegaras a conseguirlo, te eliminaría sin vacilación. Pero te voy a dar una sorpresa que puede gustarte.

—¿Y qué es? —preguntó Sidney, al tiempo que veía cómo el foco de la linterna era girado por la mano del *boss* hacia su propio rostro...

La visión heló la sangre del pelirrojo.

—¡Diablos, si es el propio Lucifer!

Ante el asombro de Alan, una risotada sardónica y estridente retumbó en la estancia. Si al joven le quedaba algún arresto para abalanzarse contra aquel hombre con semblante de diablo, el cañón de la «Browning» que éste empuñaba se lo impidió.

—¿Qué, estás satisfecho ahora?

—Por un momento, y bajo la influencia de estos sótanos y pasillos, que parecen el infierno, te he tomado por el diablo, ya que tu cara así lo indica. Sé que te escondes bajo una careta de carnaval, y la verdad es que me importa muy poco saber quién eres. Sólo la curiosidad me ha movido a querer ver en la oscuridad. Yo quiero trabajo y buenos dólares en mis bolsillos —concretó Alan, con aire despreocupado, que cortó la risa siniestra del boss.

Éste, con voz más normal, objetó:

—Si hubieras temblado como una fémina, primero me hubiera reído y luego acabado contigo. Los cobardes no pueden trabajar bajo mis órdenes, pero tú has respondido bien. Además, me agrada tu franqueza. Esta noche te unes a James y, bajo las órdenes de Olg, ejecutarás un trabajo, el primero.

Mientras hablaba. Alan observó que su interlocutor, que permanecía oculto en las tinieblas, calzaba unos zapatos elegantes, de corte marcadamente italiano y con un dibujo en espiral sobre el empeine, hecho con minúsculos orificios.

—¿Nos encargamos esta noche del ganador de las apuestas?

—Sí, Olg, y, tal como he dicho, lleva contigo a James. Alan «El Pelirrojo» puede sustituir a «Gorilla» en su primer trabajo.

—Eso me gusta. Ya tenía deseos de empezar cuanto antes —argumentó Sidney, alegre, tratando de que no reparasen en que ya podía identificar en algo al boss, aunque suponía que zapatos como aquéllos los habría a millares en Nueva York.

—Largaros ya. Cuando terminéis, el trabajo, tú, Olg, ponte en contacto conmigo, dándome el resultado obtenido.

A Alan le sorprendió la autoridad y dotes de mando de aquel hombre tan extraño, pero prefirió no hacer preguntas que indujeran a los *gángsters* a recelar de él.

Siguió a Olg al exterior, dejando al jefe dentro de aquella estancia, que al parecer no tenía otra salida que la que acababan de

franquear.

—Ya has visto. Le has caído bien al *boss*. De ordinario está más desconfiado.

—¿Más todavía? —inquirió Alan, evidentemente perplejo.

Olg le conducía por los pasillos de regreso al Liberty, y alumbrando con la linterna, respondió:

—Sí. Ya lo irás conociendo. Pero vale la pena trabajar con él. Todo sale bien y no hay peligro de que nos cacen.

Silencioso y pensativo, siguió al *gángster*, quien, al llegar a la altura de los camerinos, ordenó:

—Tú espera por aquí. Iré a buscar a James y nos daremos una vuelta por el Fives-Court, en busca de nuestra, víctima. Después pasaré a buscarte y haremos lo que haga falta. ¿De acuerdo?

—Conforme, no me moveré de aquí.

Sidney se quedó solo en el pasillo a cuyos lados se abrían los camerinos de los músicos y demás artistas que componían el elenco artístico del club.

—Esa gentuza va a ser muy dura de pelar. Como la suerte no me favorezca, creo que no podré nada contra ellos. El *boss* ese no abandona su pistola ni para tender la mano —se dijo.

Una de las puertas se abrió cautelosamente, interrumpiendo sus pensamientos. Una voz conocida le llamó por su nombre:

—¡Alan!

—Ah, eres tú, Pantheress.

—¿Se ha marchado Olg?

—Sí, y creo que tardará en volver —repuso, acercándose al camerino.

La mujer le franqueó la puerta totalmente. Una vez él estuvo dentro, la cerró rápidamente.

—Tomo estas precauciones por Olg. Es muy celoso y no deseo tener peleas; me molestan.

—Es natural que Olg sienta celos. Una mujer como tú solo puede encontrarse una vez, y, de poseerla, hay que guardarla bien para que no se la arrebatan a uno.

—¡Tonto!

El hombre vio que ella se le aproximaba, flotando en el interior de una bata de seda semitransparente, posible regalo de Olg. Bajo ella, su figura se entreveía perfecta y terriblemente deseable.

Sidney hizo un movimiento instintivo hacia atrás como tratando de huir del contacto. Pantheress protestó sonriente:

—¿Me tienes miedo? Si no quiero arañarte...

Alan se contuvo y dejó que ella se colgara de su cuello y lo besara. Luego, murmuró:

—Pues sí, te tengo miedo.

—¿A mí o a los celos de Olg?

—En este caso, Olg es lo de menos. Lo que temo es que me hagas cometer una barbaridad.

—¡Qué tontísimo eres! Yo no voy a impedir que la hagas. En tus brazos me tienes.

—No me provoques, por favor.

—¡Qué buen chico eres! —rió Pantheress, al tiempo que hundía sus uñas, largas y rojas, en la nuca del hombre, que sentía cómo la sangre se aceleraba en sus venas.

El influjo de la mujer era demasiado fuerte para escapar a él fácilmente.

—No, no tengo miedo por lo que puedas hacer de mí en estos instantes.

—¿Entonces?

—Temo por lo que puedas hacerle a mi corazón. Sé que es absurdo hablar de él aquí, pero vale para mi explicación. De amarte con la intensidad que me propones, me convertiría en un Oteló peor que Olg, ya no podría verte con nadie y ni siquiera permitiría que salieras a la pista para exhibirte como ahora.

—Uy, qué impulsivo eres. Debes tener calma.

—¿Calma, teniéndote al lado? Eso es como pedir al huracán que se contenga cuando está en plena devastación.

—Me gustan tus palabras. Anhelaba estar entre los brazos de un hombre joven y no bajo los besos de un viejo que pronto empezará a babear.

Sidney trataba de no abandonarse a los encantos de aquella mujer, que más hubiera hecho pareja con el diablo que acababa de ver bajo los sótanos del Fives-Court.

De pronto, dándose cuenta de que Sidney no seguía su juego por completo, Pantheress preguntó, con un mohín de enfado:

—Eres muy difícil, Alan, Ignoraba que te atrajese tan poco.

—Yo diría que de eso no puedes quejarte, sino de todo lo

contrario, que es más peligroso.

—Está bien, como quieras. Ya te iré acostumbrando a mí paulatinamente. No cesaré en mi intento hasta que seas lo que me he propuesto. Me gustas y no pienso dejarte escapar.

Pantheress se separó del hombre y se sentó ante el espejo del tocador.

Sacó un par de cigarrillos de una caja y lanzó uno a Alan, colocando otro entre sus labios.

—¿Me das fuego? —pidió.

Sidney se aproximó, prendiendo el pitillo con la llama de su mechero. Luego hizo otro tanto con el suyo. Segundos después, dos columnas de humo se elevaban hacia el techo.

—Alan, ¿por qué no has hecho caso de lo que te dije ayer?

—¿A qué te refieres?

—A que vistieras elegantemente.

El joven sintió una alarma en su cerebro. La verdad es que ni siquiera había reparado en lo del traje en todo el día. Decidió no molestar a Pantheress y contestó con naturalidad:

—Verás, lo he encargado porque me gusta vestir a medida. Odio los trajes de confección, que tanto se estilan, y no me lo han traído todavía. Creo que tardarán unos días.

—Bien, seré paciente y aguardaré a verte hecho un *gentleman*. Después de todo, me gusta que hayas tomado la precaución de hacerte la ropa a medida. Ello demuestra que en el fondo llevas impreso el sello de la elegancia.

Alan caminó pausadamente de un lado a otro del camerino, mientras la mujer continuaba sentada, observándole como la pantera presta a saltar sobre su presa. De pronto, él preguntó:

—¿Por qué teniendo tanto dinero sigues aquí?

—Es una pregunta muy rara, ¿no te parece?

Antes de responder, Alan aspiró con fuerza el humo de su pitillo. Después habló, dueño de sí, como si ya hubiera escapado al influjo femenino:

—No te molestes, y si no quieres, no contestes. Ha sido una pregunta sin doble intención, pero me agradaría, conocer algo más de tu vida, ya que tú deseas que esté pendiente de ti.

—Pero no en ese aspecto —repuso Pantheress, secamente. Luego, rectificando su actitud, añadió—: Verás, es una historia

larga, de la cual me irrita relatar sus pormenores. Sin embargo, te explicaré algo por encima, puesta que no deseo ser hermética para ti.

—Te escucho.

—Estoy en manos de Olg, no por voluntad propia ni por dinero, o porque él me agrade.

—¿Te hace chantaje?

—Sí —asintió, irritada, volviendo su cara hacia el espejo y mirando a Alan a través de él, que tenía los ojos clavados en su espalda.

—Un día tuve un mal pensamiento. Robé unas joyas, quise venderlas y di con el cerdo de Olg. Él se las quedó y me hizo firmar un papel que me comprometía. Después me propuso cantar en el local y yo acepté, pensando que sería una aventura. Acabé por crearme una personalidad dentro de este mundillo de los *night-clubs* y me vinieron algunos contratos de fuera. Cuando ya me disponía a aceptar, Olg me dio la sorpresa. Me advirtió que no debía ir a ninguna parte, porque, de hacerlo, él entregaría ciertas pruebas a la policía. Cogí miedo y aquí estoy.

—Y él, para ganarse tu simpatía, te da todo el dinero que le pides.

—Sí, dinero no me hace falta. Olg lo obtiene con facilidad gracias al clan al que tú también perteneces ahora, pero me falta la libertad.

—Yo soy para ti algo como una válvula de escape, ¿no es cierto?

—Tú significas la vida de amor y pasión que yo ansío. Si te decides, puedo obtener unos cuantos miles de dólares que tengo ahorrados más otros tantos que sé dónde guarda Olg y desaparecemos de la Unión. Podríamos ir al Canadá o a México.

Sidney la miró. Pantheress acababa de hacerle una proposición que lo mismo podía encerrar una celada que un deseo intempestivo de huir. El nerviosismo de su bello rostro le hizo inclinarse más por esto último. Más no tuvo tiempo de dar una respuesta. La puerta acababa de abrirse.

CAPÍTULO VII

—Vamos, «Pelirrojo». Olg nos espera.

Lo mismo la voz que el rostro de James eran inconfundibles. El seseo y sus ojos saltones produjeron en Alan repugnancia, pero tenía que acompañarle. Su primer trabajo debía lograrse.

—¿A dónde vamos?

—Sígueme y lo verás.

Sidney se despidió de Pantheress con un movimiento de su brazo y salió con James al exterior, donde aguardaba Olg.

—Vamos, hay que actuar deprisa. Nuestro hombre ha entrado por el callejón que conduce al muelle.

—¿Al muelle? —repitió Alan, extrañado.

Olg aclaró:

—Es el ganador absoluto de una apuesta bastante merecida. Lleva encima cincuenta de los grandes. Le hemos inutilizado el automóvil y yo le he indicado que en el muelle encontraría una parada de taxis. Ahora hay que preocuparse de que no escape.

Los tres hombres se introdujeron raudos por la calleja solitaria.

En la mente de Alan bullía un torbellino de ideas, imaginaba a su amigo Asael Callogan huyendo también por el callejón y deseó matar a aquellos dos asesinos pero su sensatez le contuvo.

—¡Eh, oiga! ¡Ya he encontrado un taxi para usted! —gritó Olg, mientras James se pegaba a la pared.

Un hombre obeso, malcarado y cubriendo su cabeza con un sombrero blanco, les miraba algo confuso.

—¡Vamos a por él! —ordenó Olg, ya sin contemplaciones, al ver que nadie podía estorbarles.

James no tardó en darle alcance y Alan se puso tras él.

—Denos el dinero, amigo. Hágalo por las buenas y saldrá ganando.

—¿Mi dinero? ¡Nunca, nunca se lo daré!

El individuo echó a correr, tratando de rehuir a los tres hombres. Olg, no deseando que escapara, sacó su «Luger» y James su «*Parabellum*». Alan pensó que, si actuaban, aquel infeliz podía darse por muerto.

—¡Estúpido, conténgase! —conminó Sidney.

Se lanzó sobre él, atenazándolo por la espalda con una llave que le obligó a recogerle los brazos, haciendo proferir a su víctima unos chillidos lastimeros.

—¡No, no daré el dinero, no! ¡Ladrones, ladrones!

En la huida, el hombre había sido capturado junto a unas enormes cajas que se amontonaban una encima de otra, conteniendo maquinaria pesada.

Alan deseaba que tuviera oportunidad de escapar pero no veía el modo de conseguirlo. De pronto, aflojó la presión de uno de los brazos al tiempo que James se acercaba para desvalijarle.

—¡No, no me lo quitarán! ¡Es mío, mío! ¡Ladrones!

Al sentir su mano libre, aquel hombre se agarró con fiereza inusitada a una cuerda que colgaba de las cajas, como si tratara de subir por ellas. De pronto, sucedió lo imprevisto.

Su peso hizo balancear una de las pesadas cajas hasta perder ésta el equilibrio.

—¡Cuidado! —gritó Olg.

Pero James no tuvo tiempo de huir. Lanzando un alarido infrahumano desapareció bajo la caja que acababa de aplastarle, con gran estrépito de hierros y maderas.

—¡Maldición, James ha muerto! —rugió Olg, anonadado.

Alan dio nuevamente caza al fugitivo y, oprimiéndole los brazos susurró a su oído:

—Corra cuanto pueda o lo matarán.

Alan aflojó repentinamente la presa y, aprovechando un movimiento de piernas efectuado por su víctima, se dejó caer al suelo en redondo, tapándose con ambas manos el bajo vientre y dejando escapar varios ayes roncós y guturales que impresionaron al confuso Olg.

Mientras, el ganador de las apuestas huía despavorido por una calleja.

—¿Qué te ocurre, Alan?

—Maldito, me ha dado bien...

Olg se acercó al joven para ayudarlo a levantar y éste siguió con la comedia, demostrando un terrible e intenso dolor. Cuando en apariencia estuvo más calmado, preguntó a Olg, que no cesaba de mirar a un lado y a otro:

—¿Qué hacemos ahora con James?

—Dejarlo. Nosotros no podemos sacarlo. Cuando vengan a cargar las cajas ya lo quitarán de ahí abajo y el *boss* ya se encargará de limpiar el camino hasta nosotros.

A Sidney le extrañaron aquellas palabras, pero continuó representando su papel, demostrando estar afectado por el dolor y el fracaso.

El *gángster* añadió:

—El *boss* ya no estará abajo. Por teléfono le explicaré lo sucedido y mañana decidirá. Tú lárgate a tu apartamento y no aparezcas por aquí hasta que te llame. Ese tipo puede habernos reconocido.

Olg y Alan Sidney desaparecieron del lugar donde tuviera efecto el frustrado atraco, gracias a la pericia del pelirrojo, y en el que había sucumbido el autor material, de la muerte de Asael Callogan.

Aquella noche, antes de dormir, Alan tomó un baño. Sabía que al día siguiente tenía que estar en forma. Lo acaecido a James irritaría al *boss* y quizá le pidiera explicaciones sobre su actuación.

Estaba decidido a no dejarse matar como un conejo por aquel hombre que no cesaba un instante de empuñar su «Browning», pero no le quedaba otro remedio que esperar a los acontecimientos.

Al día siguiente fue en busca de Shirley Cooper, que, como todas las mañanas, había ido al Battery Park para refrescar su mente.

—¿Adivinas quién soy?

Sidney se había colocado silenciosamente tras el banco. Tapó los ojos de la muchacha con sus manos e hizo la pregunta.

—¡Alan, Alan! ¿Cómo tú aquí? —respondió, gozosa.

—Deseaba verte. Estaba ansioso por contarte las experiencias de anoche.

—Anda, siéntate.

Sidney rodeó el banco y se acomodó junto a ella. Le cogió las manos y la besó suavemente en los labios.

—Esto es el cielo y no el infierno.

—¿Qué dices?

—Nada, nada, yo ya me entiendo.

El hombre acababa de comprobar que aquel amor a la luz del día y con Shirley como oponente superaba en mucho al de Pantheress, nocturno y sensual.

—Explica, explica, estoy ansiosa por oírte.

—Cuando estaba como ayudante de cajero en la

Luck & Stone

nunca imaginé que habría de enfrentarme con la vida que llevo ahora. Ah, por cierto, aquí tienes tus veintiocho dólares, y muchas gracias.

Antes de que la joven protestara, introdujo en el bolso femenino el dinero que le prestara en momentos tan apurados. Ella le miró reprobadora, con sus ojos castaños y chispeantes.

—No tenías que devolvérmelos.

—He aprovechado la ocasión de que tengo algunos billetes en los bolsillos.

—Ese dinero te lo han dado ellos, ¿verdad?

—Sí, pero lo he tomado en compensación de los labios que me partieron por ayudarles.

—Después de todo, es una buena excusa para engañar tu moral.

Pasando su brazo tras los hombros de Shirley, Alan relató todo lo ocurrido la noche anterior, aunque guardándose la entrevista sostenida con Pantheress. Sabía que aquella mujer no significaría nada en su vida y prefería no nombrársela a Shirley.

Una vez hubo escuchado atentamente cuanto el hombre dijera, la muchacha inquirió:

—Y ahora, ¿qué pasará con ese hombre, James, si está debajo de la caja del muelle?

—No sé. Es el boss quien debe ordenar lo que sea.

—Avisaré anónimamente a mi padre para que lo saquen.

—No lo hagas. Podrías comprometerme y acabaría como Asael.

—No, por Dios, no te deseo ningún mal. Tengo mucho miedo por ti, todo se complica, y si ayer fue James quien cayó, hoy puedes ser tú.

—No puedo apartarme del camino que he emprendido. Esos hombres me buscarían por todas partes hasta darme alcance. Tú no conoces al jefe, es un demonio. Hasta ha elegido esa careta para ocultar su rostro.

—Creo que si lo hubiera visto, me muero de terror.

—Me habría gustado arrancarle la máscara para poderlo reconocer, pero es demasiado receloso. No se fía de nadie absolutamente. Me han contado que mató a uno de los suyos porque abrió sin avisar la puerta de donde se esconde.

—Debe ser muy cruel. Tengo miedo, Alan. Ahora que he hallado al hombre de mi vida me moriría si te perdiera —gimió, llorosa.

—No dejaré que me maten, tenlo por seguro. El autor material del asesinato de mi amigo ya ha pagado su culpa. Ahora, la principal meta es destruir al cerebro del clan.

—Tú no eres policía ni hombre de bajos fondos. No tienes ningún deber de acabar con ellos, y ahora que ese James ha muerto, puedes comunicarle a la policía lo que ha sucedido. Ellos se encargarán de llegar hasta el final.

—No, imposible. Podrían amontonar las pruebas contra mí y sentarme tranquilamente en la silla eléctrica. Sé que esos hombres no se arredran ante nada.

—Pero si el jefe es tan astuto, nunca llegarás a desenmascararle.

—De momento ya sé cómo son sus zapatos. Él no se ha dado cuenta, pero he hecho este pequeño descubrimiento.

Shirley, temerosa, se refugió en el costado del hombre, quien pareció crecerse al tener que brindar esta protección.

Tenía tiempo libre y deseaba disfrutarlo junto a la joven, por lo que propuso:

—¿Cogemos el *jerry-boat* y vemos de cerca la estatua de la libertad?

—Si tengo que ir al instituto...

—No importa. Haces fiesta y arreglado. Después de todo, cuando nos casemos vas a tener que enseñar a tus propios hijos y no a los ajenos.

—Alan, te quiero.

Cogidos del brazo, anduvieron felices en busca del transbordador, pero aún la muerte se cernía amenazadora sobre sus cabezas. El *boss* no había sido destruido.

CAPÍTULO VIII

Alan Sidney escribió las últimas líneas de la carta que tenía frente a sí, encima de la mesilla de noche en su apartamento. La luz mortecina de la lámpara iluminaba las letras mientras en el exterior las luces de la ciudad centelleaban lejanas.

«Espero que esta carta llegue a manos de la policía en el caso de que mañana esté haciendo compañía a los peces del Hudson», pensó.

Sabía que el *boss* podía atribuirle el fracaso del atraco y la muerte de James, y en ese caso no le daría tiempo a defenderse. Lo mataría sin piedad, todo el cargador de la «Browning» iría a parar a su cuerpo.

—Quizá no piense en mí como culpable del fracaso y lo atribuya a la mala suerte. Olg explicará lo sucedido y el viejo no se apercibió de lo que ocurrió delante de sus narices —gruñó.

Dando un par de chupadas al cigarrillo que colgaba de la comisura de sus labios, introdujo el papel previamente doblado en el interior de un sobre. Pegó el borde de éste y luego escribió en su dorso:

«Para la policía en el caso de mi muerte o desaparición.
Alan Sidney».

Lo metió en un cajón, esperando que la bruja Stocky no lo tocara antes de su regreso, en el caso de que le llamaran.

Luego, quedó pensativo. La imagen de Shirley Cooper fue tomando cuerpo en su imaginación.

El timbre sonó estridente, arrancándole del mundo de la fantasía.

Con gesto mecánico, tomó el auricular.

—¿Diga?

—¿Alan? —preguntó una voz masculina, algo transformada por el hilo telefónico.

—Sí, soy Alan Sidney. ¿Con quién hablo? —inquirió sin adivinar la identidad del hombre que le llamaba.

—Soy Olg.

—Ah, perdone. Al punto no le había reconocido —se excusó, mientras apartaba de sus labios el cigarrillo, ya en las postrimerías. Lo arrojó al suelo, aplastándolo con la punta del zapato.

La voz volvió a dejarse oír.

—Esperaba que aparecieras por aquí esta tarde.

—He cumplido la consigna que usted mismo me dio ayer por la noche. Me he quedado en mi apartamento esperando nuevas instrucciones.

—Sí, tienes razón, ahora recuerdo. Ayer todo sucedió muy rápido, pero no es momento adecuado para hablarte de lo que deseo. Ven al Liberty, te aguardo.

Antes de colgar, y en un afán de pisar terreno firme, Alan inquirió:

—¿Qué ha dicho el *boss* de lo sucedido?

—Se ha disgustado con nosotros, y ahora quiere verte.

—De acuerdo. Dentro de media hora, más o menos, estaré en el Liberty.

—Te esperamos.

Sidney colgó despacio y miró sus puños, susurrando:

—No tengo armas de fuego, pero vosotros me defenderéis en el caso de que haga falta, y presiento que no va a tardar mucho.

Abrió una caja en la que se leían las letras anunciadoras de los grandes almacenes Macy's, de Manhattan, y de su interior sacó un *smoking*, camisa y lazo.

De otra caja más pequeña extrajo unos zapatos impecables, y diez minutos más tarde se miró al espejo.

—¡Diablos, estoy hecho un *dandy*! —No pudo por menos que exclamar ante su imagen—. Sin embargo, prefiero vestir de *sport*; voy más holgado y tranquilo.

Había preferido no molestar a Pantheress comprándose el *smoking*, y gracias a que la constitución de su cuerpo era perfecta, no le fue difícil hallar el traje que le cayera a la perfección, igual

que hecho a la medida.

«Mi testa pelirroja destaca bastante con tanto negro, pero tampoco hace mal juego. Si a Pantheress le gusta... Lo importante es que no me desbarate los planes. A través de ella puedo enterarme de muchas cosas importantes del clan. Ahora, caminito del Liberty, aunque de libertad no tiene nada. Claro que, después de todo, no puedo quejarme. Tengo buen traje, dinero en los bolsillos y una mujer que se vuelve loca por mis huesos. Sin embargo, todo ello no vale siquiera un minuto de estar junto a Shirley. ¡Pequeña, si salgo de ésta me dejo poner el collar por ti!».

El «Chevrolet» le condujo al Downtown Manhattan, donde se ubicaba el Fives-Court of Fire.

Como siempre, aparcó su coche a alguna distancia del lugar. Debía estar prevenido ante cualquier emergencia.

—Veremos si me esperan amigablemente o para clavarme el cañón de una automática en los riñones —masculló para sí.

Con aire despreocupado, un cigarrillo entre los labios y el aspecto atractivo que le confería el *smoking* Alan Sidney bajó al interior del Liberty.

Pasó junto a la barra sin poder esquivar el beso que le prodigó la rubia platino que hallara el primer día y que seguía esperando pacientemente a que fijase sus ojos en ella.

—¡«Pelirrojo», estás muy apetecible hoy!

El hombre carraspeó. Miró vagamente a la rubia y arguyó:

—Verás, el trabajo me impone ciertas obligaciones. No es culpa mía el ir vestido así.

—¡Si estás hecho un bombón, que yo mordería muy a gusto!

—Por favor, que me vas a hacer ruborizar —dijo, con desenfado. Miró al barman y añadió, en tono algo más alto—: Sírvenme un *whisky* doble.

La rubia le tendió su vaso y dijo:

—Ten el mío, «Pelirrojo». Y a ver si un día te decides a que lo bebamos juntos.

—Bueno, ya lo pensaré.

Alan se acercó pausadamente a la pista, donde ya Pantheress estaba en los principios de su actuación.

La rubia platino miró con evidente desagrado a su rival y trató de ocultar su rabia pidiendo otro *whisky*, que sorbió sin respirar;

estaba habituada a ello.

Sidney decidió esperar a que Olg apareciera, pues él solo no estaba seguro de encontrar la guarida del *boss*. Aquellos sótanos eran un auténtico laberinto.

Siguió con la vista los deslizamientos y gestos de la cantante, y ésta, al advertir su presencia e indumentaria, dibujó una sonrisa de satisfacción, en sus labios, aproximándose rápidamente al sitio en que él se encontraba.

Cuando la tuvo a una yarda ante él. Alan musitó:

—Buenas noches. Espero que estarás contenta. Ya ves que te soy obediente.

Haciendo oscilar sus brazos y caderas, Pantheress clavó sus pupilas azules en las verdosas del hombre. Satisfecha, respondió.

—Estoy loca por ti. Recuerda lo que te propuse ayer. Vivirás inmerso en la pasión del amor y no tendrás que trabajar nunca. Si hace falta dinero, yo lo ganaré para ti.

Sidney se congratuló de que aquellas palabras sólo las hubiera oído él. De captarlas Olg, podía considerarse hombre muerto.

Pantheress siguió en su actuación, cosechando al final de ésta grandes aplausos.

Al poco vio a Olg entre el público. Éste no tardó en ponerse a su altura tras sortear a la clientela concurrente, que era muy numerosa.

—Has llegado tarde —dijo, por todo saludo.

Sidney respondió, con un aplomo que desarmó la actitud hostil con que acababa de recibirle Olg:

—Me había tomado unos somníferos, y cuando usted me ha llamado, estaba en la cama. Luego me he vestido y he venido desde Queens. Creo que he batido un récord, después de todo.

—Está bien, no discutamos.

—¿Vamos a ver al *boss*?

—No. Ha esperado hasta hace poco, pero ha recibido una llamada urgente y no ha tenido más remedio que desaparecer.

—Qué lástima que no se haya podido celebrar la entrevista.

Los cabellos escasos de Olg aparecían lacios y mesados contra su cráneo. En ellos no se observaba el brillo acostumbrado. Quizá las preocupaciones le habían hecho olvidar su acicalamiento habitual.

El *gángster* se sentía perplejo ante la serenidad de Alan, pero

pensó que era debida a que aún no conocía el genio que gastaba el boss ante los fracasos.

Indolentemente, como si no le importara, Sidney inquirió:

—¿Qué ha sucedido con James?

—Lo han encontrado unos estibadores del muelle y han dado parte a la Metropolitana.

—¿Han descubierto quién es? Me refiero a si la policía ha metido las narices en el Liberty. La verdad es que no desearía tener contactos con ella.

—No te preocupes. El boss no es tan idiota como nosotros, y sabe hacer las cosas bien. Ha escamoteado toda la documentación de James, y como la caja que contenía la maquinaria, al caer, le aplastó por completo la cabeza, ha quedado irreconocible.

Moviendo sus pupilas hacia su interlocutor, mucho más bajo que él, Alan inquirió de nuevo:

—Y ahora, ¿qué hay que hacer?

—De momento, olvidarnos de James. Todo lo que respecta a él ha pasado a la historia.

—Excepto lo que quiera decir el boss, ¿no?

—Sí, y me ha recomendado que mañana, al anochecer, no te muevas del Liberty, que en cuanto tenga un momento disponible pasará por aquí y te llamará.

—De acuerdo. Estaré aquí y seré como un niño obediente en cuanto me requiera.

—Quiero advertirte que no es conveniente para ti que se te suban los humos a la cabeza; puede serte perjudicial. Lo digo por la forma de responder que tienes.

—Quizá sea que el llevar unos dólares en el bolsillo me infunde seguridad.

—Pues procura no pasarte de la raya. Ni el boss ni yo tenemos demasiada paciencia —advirtió Olg. Con un movimiento instintivo, se estiró los puños de la camisa con el fin de que sobresalieran más de la manga de la chaqueta.

Ante el silencio Alan, agregó:

—Ahora puedes entretenerte con alguna de las chicas y ronda por la sala. Si hay camorra, ayuda a «Gorilla». Él ya tiene instrucciones al respecto.

—¿Puedo divertirme con cualquiera de las chicas, ya sean de las

que están aquí en la barra esperando o de las que actúan?

—Sí. Sólo hay una manzana prohibida.

—¿Pantheress?

—Veo que no eres tonto. En efecto, ella es la mujer vedada para todos —dijo Olg, muy grave.

Sidney, irónico, repuso:

—Porque es la niña de sus ojos y no desea que nadie se la quite.

—Exacto.

El joven notó la sequedad de la voz del *gángster*. Su actitud era determinante y en sus ojos pudo ver unos celos rayanos en la locura. Se dijo que sería mejor que, de momento, no salieran a flote, y replicó, bromeando:

—Está bien. Cada Uno elige su pareja, es cosa normal. Yo me voy a consolar a esa rubia platino, que me gusta y no cesa de halagarme.

Olg hizo desaparecer su ofensiva y seca ferocidad. Más amable, respondió:

—Así me gusta, que los chicos disfruten. Un buen rato con una mujer le deja alegre a cualquiera. Que te diviertas.

Sidney se encaminó hacia la rubia. Ella, pareciendo adivinar lo que ocurría, le esperó con los brazos abiertos, acortando en hábil maniobra unas pulgadas su ya escasa falda.

CAPÍTULO IX

Olg golpeó nervioso, con uno de sus caros cigarrillos, sobre la pitillera de oro.

Trató de pasar inadvertido en el local que tan bien conocía. Cada baldosa, cada pedazo de madera, que tantas veces había contado.

Al fin, entre dos columnas, se situó a observar la actuación de Pantheress, un número de rutina, sin importancia, uno más; pero a Olg le pareció distinto, demasiado distinto.

La cantante no parecía tener atenciones para todo el mundo. Sus ojos buscaban sólo a un hombre que al viejo Olg le pareció era Alan Sidney.

—Le veo preocupado, Olg —observó una voz sinuosa a su lado.

A Olg no le hizo falta volverse para saber que junto a sí tenía a Evanson, aquel miembro de la banda que solía pasar del frontón al Liberty, sin que nadie se percatara de su presencia.

El observaba en los grupos donde se discutía y escudriñaba a los apostadores, que manoseaban con nerviosismo sus ganancias, para luego comunicarlo al *boss*. Era un sujeto que, si bien vestía con elegancia, resultaba totalmente anodino.

—Siempre me he dicho, que tú ves en la oscuridad como las ratas en las cloacas. Aunque lleves perfume hueles como ellas.

—Siempre ha sido un poco duro tratándome —protestó Evanson, sin fuerza.

Evanson era un tipo que procuraba eludir los pleitos cara a cara y temía a Olg. Por ello había aguantado siempre sus insultos. Además, vivía bien trabajando para él.

—¿Quieres encargarte de un trabajo extra?

La pregunta de Olg fue formulada sin mirar a su interlocutor, y al tiempo que expulsaba muy lentamente una bocanada de humo.

—¿Un trabajo extra? ¿Quiere decir que el *boss* no entra en esto?

—Sí.

—No me diga que quiere tomar el mando el elegante Olg —dijo, con cinismo, quizá para saber cuánto antes de qué lado debía ponerse para salir beneficiado en el asunto.

—Sólo dices estupideces. Es algo que no concierne al boss. Él es el jefe y todo *sigue* igual.

—¿Entonces?

—Se trata de que vigiles a...

—¿Pantheress?

—Eres muy listo, Evanson. ¿Qué sabes?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué has hablado refiriéndote a ella?

—Porque usted la ama y... —calló.

—Quieres decir que los viejos, cuando amamos, somos un tanto celosos, máxime si la chica es joven.

—Bueno, no digo tanto —replicó, cínico.

Evanson sabía medir sus palabras. Sabía que con Olg jugaba con fuego.

Evanson tenía un tic nervioso muy particular, consistente en tocar con movimientos instintivos su axila con la parte interior del antebrazo en busca de la pistola que llevaba en la funda sobaquera.

—Evanson, te pagaré bien si vigilas a Pantheress, pero que ella no se dé cuenta. —Lo cogió por el brazo, lastimando a Evanson, mucho más delgado y físicamente inferior a él—. ¿Lo entiendes?

—Sí, no se dará cuenta —gruñó.

—Espero que me des tus informes cuanto antes.

—¿Sospecha de alguien que la conoce?

—No quiero decir nada al respecto; sólo espero que tú me digas algo a mí. Si haces bien el trabajo, te pagaré quinientos.

—No está mal.

—Pero si lo haces mal, si la indispones contra mí, te partiré esa cara de lechuza que tienes.

—Descuide, Olg. Me ganaré bien los quinientos.

—Pues empieza tu trabajo —le apremió, cortando el diálogo.

Evanson se diluyó en la oscuridad tan sinuosamente como apareciera.

La actuación de Pantheress terminó y Olg desapareció a su vez.

Por su parte, Alan «el Pelirrojo» se había sentado en la barra

junto a la rubia platino, y desde allí había contemplado la canción de Pantheress.

La rubia de Tennessee se marchó un momento al tocador y dos chicas trataron de pegársele, sin resultado pese a sus redondeadas anatomías, labios generosos y atrayentes minifaldas.

—¿Se divierte?

Alan Sidney miró a aquel hombre que parecía tan poca cosa. Frunció el entrecejo.

—¿Ha bebido, amigo?

Evanson sonrió. Las dos chicas, ante la indiferencia de Alan, se fueron en busca de otros hombres pese a que Alan era el que atraía sus miradas.

—No, no suelo beber mucho.

—Pero sí le gusta hablar.

—Cuando me interesa.

—Creo que usted quiere decirme algo.

—Sí, pero no aquí.

—¿Me acepta un *whisky* antes, Evanson?

El rostro de aquel sinuoso hampón se ensombreció.

—¿Me conoces?

—Me dijeron que había un tal Evanson.

—Pero los demás ignoran que Evanson soy yo. Aunque venga cada noche al club, hay mucha gente y paso desapercibido.

—Pero no para mí. Nunca me ha gustado permanecer ignorante de algo que pueda interesarme.

—¿Y decidiste averiguar por tu cuenta?

—Sí.

—Puede que al *boss* no le agrade tu exceso de curiosidad.

—Eso me lo ha de decir él y no usted.

—Bien, Alan, te acepto el *whisky*.

Evanson tomó el doble que el mozo se apresuró a servirle. Luego, ambos hombres abandonaron el local.

—Daremos un paseo en coche y podremos charlar con más tranquilidad.

—Tengo mí «Chevrolet» ahí cerca —indicó Alan.

—No es necesario. Mí «Ford» está aquí mismo.

Subieron al auto de Evanson, mucho más lujoso que el vetusto «Chevrolet» del pelirrojo.

Se sumergieron en el fárrago de la ciudad, un fárrago lleno de luminarias artificiales que a veces bombardeaban sus retinas, cegándoles.

Evanson se introdujo en el Central Park. Aquella gran zona verde en el centro de Manhattan no era el lugar idóneo para pasear de noche. La policía neoyorquina se veía impotente para mantener la ley durante la noche en el parque.

La gente sensata evitaba cruzar el Central Park en las horas nocturnas, a pero siempre habían algunas parejas que, buscando el aislamiento, encontraban el robo, la violación e incluso el crimen.

—Creo que podríamos haber hablado en otra parte —dijo Alan Sidney, al quedar detenidos junto a las reverberantes aguas del lago. Puede venir algún policía, a decir que circulemos.

—Conozco bien el sitio. Los policías saben que no es prudente adentrarse por el parque durante la noche.

—Bien, Evanson, charlemos —propuso Alan, interesado por si aquel hampón podía decirle algo más sobre la banda que él desconocía; quizá la propia identidad del boss:

—Te gusta Pantheress, ¿verdad?

—Vaya, conque era eso... —replicó, burlón.

—Al viejo Olg no le agrada que la rondes.

—¿Y te ha encargado él que me digas eso?

—No. Olg me ha encargado otra cosa.

—¿El qué, que me asesines en la oscuridad del Central Park?

—No, no soy el verdugo de la banda.

—¿Entonces?

—Te hablaré claro, pelirrojo. A ti te gusta que vaya directo al meollo de la cuestión. Olg tiene celos.

—¿Celos de qué? —preguntó, haciéndose el sorprendido.

—Vamos, vamos, que hace tiempo te destetaron, pelirrojo. Tú y Pantheress os veis a solas.

—¿Nos has estado vigilando?

—Yo vigilo siempre —puntualizó Evanson—. Es mi forma de ganarme la vida.

—Y quizá podría ser la de perderla.

La advertencia de Alan puso un tono gris en el rostro del hampón, aunque el joven no pudo aperebirse de ello a causa de la casi total oscuridad que les rodeaba.

—Olg me ha ofrecido quinientos dólares porque vigile a Pantheress y le diga algo sobre lo que a ella más le gusta.

—¿Y tú sabes lo que le gusta?

—Sí, un tipo pelirrojo que quiere pasarse de listo. Claro que si me das mil, no he visto nada.

—Lo siento. Te has equivocado de puerta.

—¿Setecientos cincuenta?

—Cero.

—No pensaba que fueras tan estúpido. Mi trato te conviene.

Alan lo agarró por las solapas y le retorció el cuerpo, inclinándole la cabeza sobre el volante.

—La próxima vez que me llames estúpido te parto la cabeza como si fuera una nuez. Y ahora va mi trato. Tú te callas y no le dices nada a Olg porque nada sabes.

—Te acordarás de esto. Olg hará que «Gorilla» te mate.

—Te conviene callar.

—¡Suéltame!

—Está bien, aunque tendría que silenciar a una rata como tú.

—«Pelirrojo», me estás subestimando.

—¿Ah, sí? —inquirió, burlón.

—Yo sé más de ti.

—¿El qué sabes?

—Que te ves con otra chica. Quizá eso no le agrade a Pantheress. De este modo, perderías a la chica y te ganarías el odio del viejo cuando le dijera que salías con las dos a la vez y que haces con Pantheress lo que quieres.

—Te expresas demasiado suficientemente —masculló el pelirrojo.

Su advertencia fue acompañada de una reacción dura y práctica. Su puño, pese a que no había podido coger mucho impulso dentro del automóvil, golpeó con dureza el rostro de aquel chacal humano.

Evanson encajó mal el impacto, pues quiso desquitarse.

Sacó una «Luger» con silenciador, que hundió entre las costillas del pelirrojo.

—¡Te voy a matar!

Con los labios ensangrentados por el puñetazo recibido y lleno de rabia, Evanson apretó el gatillo.

Sonó la detonación, pero Alan había desviado la mano armada,

retorciéndosela.

—¡Suelta esa pistola, estúpido! —espetó Sidney.

Evanson no parecía dispuesto a obedecerle. Se había visto humillado y golpeado y, además, sabía que de él no iba a sacar dinero precisamente. Se había creado un enemigo dentro de la banda y resultaba más que peligroso para él, máxime cuando éste conocía ya su identidad.

Por otra parte, Evanson sabía que si él eliminaba al pelirrojo y explicaba a su modo a Olg lo que había ocurrido, éste le pagaría los quinientos y estaría satisfecho por su trabajo, ya que Pantheress quedaría libre de su pasión.

Sonó otro disparo. Esta vez, la bala atravesó limpiamente el techo del automóvil y fue como si una estrella más hubiera nacido en el cielo, ya que destacó en el tapizado del «Ford».

—¡Te mataré, maldito!

La constitución física de Evanson estaba muy por debajo de la de Alan «el Pelirrojo», y éste consiguió doblar el brazo y la mano de Evanson. Pero, dentro de su escuálido brazo, éste no parecía tener tendones, sino filamentos de acero, ya que no consiguió hacerle soltar el arma, y sonó una tercera detonación.

Evanson se contrajo. El cañón de la ahora humeante «Luger» estaba apuntando a su costado y la bala se introdujo mortalmente en su cuerpo.

Esta vez sí se abrió la mano y la pistola resbaló al fondo del piso del «Ford». Evanson se inclinó sobre el volante.

—Tú te lo has buscado —gruñó Alan, mirando por las ventanillas. No parecía haber nadie en las inmediaciones.

Comprobó la muerte de Evanson. Luego, dio el contacto y puso el «Ford» en marcha. Abandonó el auto a través de la ventanilla, lo dirigió al lago.

Poco después, casi sin hacer ruido, el automóvil, con su trágica carga desaparecía bajo las aguas oscuras y verdosas.

—No me conviene que lo encuentren hasta que todo haya terminado. Después, yo mismo explicaré a la policía lo ocurrido aquí, y espero que la bronca no sea demasiado fuerte.

Mirando tan sólo por si le habían descubierto, se alejó con paso rápido del Central Park.

CAPÍTULO X

Las populosas calles de Brooklyn, en su zona norte, estaban a aquellas horas invadidas por la multitud.

Alan y Shirley trataban de sortear los viandantes que, como ellos, ocupaban las aceras.

—Tendrás que acompañarme a hacer unas compras. Me son imprescindibles y mis padres se enfadarían si no las hiciera. No te molesta, ¿verdad?

—En absoluto —respondió el hombre, mientras la contemplaba.

Shirley Cooper le pareció más bonita que los días anteriores. El amor había estimulado la astucia femenina y su vestido era de corte elegante, pero mucho más atractivo y moderno.

—¿Qué miras, Alan?

—Lo guapa que estás.

—Gracias, pero eso se lo dirás a todas.

—No sé qué pasa, pero todas las mujeres decís lo mismo.

—Bueno, no te enfades. Mira, entraremos aquí y acabaremos pronto la compra. Después podremos estar más por nosotros.

—Como quieras, pero yo prefiero esperar afuera. No deseo que me pongas en un compromiso cuando compres ciertas prendas íntimas.

—¡Tonto!

La muchacha pasó al interior del almacén y Alan Sidney quedó en la calle, observando el deambular de los peatones y el fárrago de la multitud de automóviles que circulaban en ambas direcciones.

Se abstuvo de explicar a Shirley su aventura de la noche anterior en el Central Park. Prefería no inquietarla más, y de este modo no se veía forzado a revelar la existencia de Pantheress.

«Esperemos que no tarde en salir. En cuanto ven unos trapitos, las mujeres pierden la noción del tiempo».

Mas se equivocaba con respecto a Shirley, pues ésta no tardó en

salir del almacén, cargada con lo que se propusiera comprar.

—¿Qué, te he hecho esperar mucho?

—No. La verdad es que eres una mujercita perfecta.

—Vaya, me alegro de parecértelo.

Reanudaron su camino por la gran urbe, cogidos del brazo. Alan, algo desorientado por el rumbo que tomaban, preguntó:

—¿A dónde me llevas?

—A mi casa —aclaró, decidida, aunque mirando de soslayo para ver la reacción que provocaba en el hombre su respuesta.

Como si le hubieran hundido el aguijón de una avispa en la nariz, Alan inquirió, alarmado:

—¿Quéeee?

—Sí, que vamos a mi casa.

—Oye, Shirley, ¿no sería mejor que lo dejáramos para otro día? Sabes en la encrucijada que me encuentro, casi puedo decirte que no soy responsable de mi vida. Puede suceder algo y te dejaría en la estacada.

—Es que yo no quiero ni permitiré que te ocurra nada.

Sidney enmudeció, asustado, mirando de reojo la nariz respingona y resuelta de la muchacha. También sus ojos sabían lo que hacían, y el hombre se dijo que no lograría hacerla variar.

Había en su conquista una resolución tenaz, y las palabras femeninas corroboraron sus intenciones.

—No voy a obligarte para que vengas a mi casa, pero creo que es necesario te diga que te quiero y te pido una respuesta en el mismo sentido.

—¿No crees que aquí, en medio de tanta gente que nos empuja, es algo inadecuado hablar de ciertas cosas?

Algunas personas, a las que había sido inevitable escuchar las palabras de Alan, les miraron extrañados. Mas Shirley siguió, imperturbable:

—Si me quieres, contestarás ahora.

Al verse entre la espada y la pared, a Alan no le quedó otro remedio que concretar sus ideas.

—Está bien, te amo, no puedo negarlo. Sin embargo...

Sin dejarle continuar, añadió, incisiva:

—Pero ¿me quieres para perder el tiempo o para casarte conmigo?

El hombre tragó saliva y casi balbució:

—Te quiero para casarme, claro, pero ¿no te precipitas? La verdad es que me gustas en serio. No es muy romántico este momento ni se parece a un primer plano de los que nos presentan en las películas de Hollywood, pero creo que mi confesión vale.

—Entonces, si me quieres has de venir a mi casa. Debes conocer a mi padre. Sé que estoy educada algo a la europea, pero sigo aferrada a mis principios.

Alan carraspeó y se rascó la nuca. Shirley Cooper era más candorosa que Pantheress, pero su camino hacia la conquista del hombre era mucho más seguro, directo y aprovechable.

—Está bien —cedió, como un reo—. Haremos lo que quieras. Después de todo, más tarde o más temprano habías de presentarme a tu familia, aunque me sabe mal el momento que has elegido. Quizá luego te arrepientas de lo que me pides.

—Nunca, Alan, nunca.

Shirley se colgó, satisfecha, del brazo hercúleo del hombre y continuaron caminando hacia el este de Brooklyn. Cuando ya habían alcanzado casi el final del Linden Boulevard, ella le detuvo.

—Verás, Alan, le he hablado a mi padre de ti.

Nuevo susto para el hombre ante esta declaración.

—¿Y qué le has dicho?

—No te pongas así, por favor —se apresuró a argüir Shirley, ante su expresión hosca—. Le he explicado que pretendías, bueno, lo normal, que querías casarte conmigo.

—Está bien, disculpa mi reacción. Temí que hubieras cometido algún resbalón. Ten en cuenta que tu padre es sargento de la Metropolitana y podía desbaratar mis planes y meterme entre rejas.

La muchacha le empujó del brazo, arrancándole de nuevo hacia adelante. Perdiendo su mirada en el final del paseo, y temiendo otra reacción explosiva por parte del hombre, musitó:

—Verás, también le he contado algo de lo sucedido...

Alan se detuvo en seco.

—Anda, desembucha de una vez lo que le has explicado.

—Pues lo que presenciaste aquella noche en el muelle y que estás seguro de haber visto cómo tiraban al agua el cadáver de tu amigo.

—¿Y qué más? —inquirió, deseoso de conocer el terreno que

pisaba.

Temía que, al llegar a la casa de la joven, ésta se convirtiera en una ratonera para él y que su futuro suegro le colocara las esposas sin darle tiempo a explicarse.

—Nada más. Sol he dicho que estaba preocupada.

—Pero él te habrá hecho otras preguntas, deseando saber qué es lo que estoy haciendo.

—Pues no. No le ha dado mucha importancia al asunto, y me ha hecho comprender que todo podía ser producto de un sueño tuyo, influenciado por el *whisky* y los somníferos.

—¿Y tú qué crees?

—Lo que tú me has contado.

—Ha de ser así, porque estoy convencido de lo ocurrido, y más ahora, que estoy metido en este embrollo del que todavía no veo el final.

—Le expliqué que la llamada anónima la hice yo y me riñó, diciendo que no debía actuar más de esa forma, que no era modo de ayudar a la policía.

—¿Seguro que no sabe nada más?

—Sí. Sé que hubiera resultado peligroso contarle lo que te propones, y, además, no quería que te disgustaras. Sin embargo, recuerda lo que te dije el otro día. Si necesitas la ayuda de la policía, llámame, que yo avisaré a mi padre. Él me hará caso.

—Lo cierto es que las mujeres nunca pueden estar calladas, y menos las que enseñan a hablar a los demás.

Riendo, ascendieron por la escalera del edificio donde vivía Shirley con su familia.

Les franqueó la puerta su madre, y al verles, indicó afable:

—Pasen, pasen, por favor.

—Mamá, te presento a Alan Sidney, un amigo que desea hablar con papá.

Sin saber cómo, y admirando las sonrisitas que la buena mujer prodigaba a su hija, Alan fue conducido al *living* del apartamento. En la estancia estaba Anthony Cooper vestido de paisano y saboreando un largo cigarro sureño.

—Es usted Alan, ¿verdad? Ya tenía ganas de conocerlo. Hace tres días y tres noches que mi hija no para de hablar de usted.

—Papá, por favor —protestó la chica, desapareciendo de la

estancia con una excusa fútil.

—Siéntese, hágame el favor, y fúmeselo uno de estos cigarros. Son mis preferidos. Me los hago traer desde Louisiana. Me salen un poco caros, pero el que tiene un vicio debe pagarlo, ¿no cree?

Alan Sidney se arrellanó en uno de los sillones mientras observaba a aquel hombre recio, de cejas y bigote poblados, ya grises como su cabello.

Los ojos francos y de mirada perspicaz contrastaban con la lentitud de movimientos de su cuerpo.

—Señor Cooper, hace algunos días que salgo con Shirley. Me gusta y supongo que ella se lo habrá explicado todo.

—Desde luego. Por desgracia, ella y su madre hablan más de lo que quisiera, pero no se lo digo para asustarlo. Yo me siento feliz con ella a mi alrededor y lamentaría tener que dejar a mi pequeña, que ya no le es tanto, marcharse.

—Veo que prefiere ir directo al asunto.

—Ése ha sido siempre mi lema —repuso Cooper, aspirando el humo con sibaritismo.

—Bien, entonces le diré que, de momento, me gustaría me mirara como el más posible candidato a la mano de Shirley.

—¿Posible, solo?

—Sí. Tengo ciertos problemas de orden económico y hasta que no les halle solución no pienso casarme.

—De acuerdo. Su franqueza me gusta.

Después de esta respuesta, Sidney se sintió más a gusto y se acomodó mejor en el respaldo de su sillón.

—Mi hija me ha hablado sobre algunas cosas que le han ocurrido a usted —apuntó Cooper.

—¿Sobre la muerte de mi amigo el pelotari?

—Sí.

Alan se sintió en tensión. En aquel momento pensó, que no tenía ante sí a su futuro suegro, sino al sargento de la Policía Metropolitana de Nueva York.

Esperó a que él hablara para no cometer ningún desliz que pudiera comprometerle.

—Verá, algunas veces, nuestra fantasía se desborda, y más si está estimulada por el alcohol y los barbitúricos.

—Antes de continuar quiero aclararle que no estoy habituado a

ninguna de las dos cosas.

Su interlocutor asintió con la cabeza.

—Cosa que me satisface. Me desagradaría que mi hija fuera a parar a las manos de un vicioso. Pero vayamos al fondo del problema punto por punto, y de este modo no quedarán lagunas oscuras entre nosotros que nos distancien.

—Como quiera. Soy del mismo parecer, aunque algunas veces nos veamos obligados a reservar cosas que son de índole muy personal.

—Le comprendo, y trataré de no ser indiscreto. Quiero que vea en mí a un amigo que trata de ayudarle en momentos que pueden ser difíciles para usted.

Mientras escuchaba, Alan miraba alternativamente al padre de la joven y a la ventana, tras la cual se divisaban lejanos los grandes rascacielos de Manhattan.

—Casi podría asegurarle que lo que usted vio aquella noche fue producto de una fantasía.

—Quizá.

—Responde una cosa cuando en realidad está pensando otra. Usted está seguro de que fue real lo que vio. No importa. Algún día se convencerá de que estoy en posesión de la verdad. Sé que mi hija llamó a la estación de policía anónimamente y que el teniente Stephen H. Goodyear recogió la comunicación.

—Shirley me dijo que dragaron el muelle sin encontrar nada.

—En efecto. La policía suele atender todas las llamadas que recibe por absurdas que éstas parezcan. Siempre pueden encerrar algún misterio por resolver. En el caso de usted ocurrió lo mismo. La misma mañana se trasladó un equipo especial, al frente del cual iba yo en persona, al muelle veintinueve, y lo dragamos.

—Un momento. ¿Ha dicho al muelle veintinueve?

—Sí, eso es; tal como indicó la llamada. ¿Hay algún error en ello?

—No, creo que no. Continúe, por favor.

—Como le decía, efectuamos una inspección a fondo de los lugares donde podía haber caído el cuerpo de su amigo. No encontramos nada en absoluto y se dio el caso por terminado. Posiblemente, el pelotari viviendo en cualquier otra parte.

—Entonces, ¿cómo se explica que no haya aparecido por su

apartamento ni por el Fives-Court of Fire, lugar en donde solía jugar?

—No sé; eso sólo él puede explicarlo. Podría darle una lista interminable de personas que damos diaria mente por desaparecidas. Algunas están en distinto Estado de la Unión, otras emigran a otros continentes etcétera. Sería muy largo de explicar. Pero lo que sí es verdad es que hay muchas personas que desaparecen de un modo absurdo e incongruente. Además, los motivos sólo ellos los conocen. No hace mucho, una mujer nos vino a comunicar que su marido había desaparecido y creía que lo habían raptado porque era un hombre muy bueno, formal y obediente, incapaz de echar una canita al aire. Pues bien, lo localizamos dos días después a bordo de un transatlántico y rumbo al Medio Oriente. Nos confesó que ya no podía soportar más a su mujer y que ya había hecho bastante con aguantarla hasta entonces.

Ambos rieron el caso, cuando apareció Shirley, que les observó alternativamente.

—¿Habéis hablado? —inquirió.

—Sí, hija, y creo que vamos a entendernos. De momento os dejo solos. Es la hora en que he de entrar en servicio. Los muchachos ya estarán impacientes.

Anthony Cooper abandonó la estancia, despidiéndose y dejándolos solos. La joven preguntó anhelante:

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien, muy bien con respecto a lo que tú preguntas, pero me he enterado de una cosa mucho más trascendental.

—¿Y qué es ello?

—Ya sé por qué no encontraron el cuerpo de Asael Callogan bajo las aguas del muelle del Hudson River.

CAPÍTULO XI

Alan Sidney golpeó con los nudillos en la puerta del camerino de Pantheress.

—¡Adelante! —respondió la voz femenina desde el interior.

Alan empuñó el pomo de la cerradura, haciéndolo girar, y franqueó la puerta. Al verle, Pantheress exclamó, gozosa:

—¡Hola, Alan! Pasa y cierra la puerta, por favor.

El hombre obedeció silenciosamente sin dejar de mirarla.

Ella llevaba puesto su traje artístico, que la definía como una pantera, y en realidad lo parecía, aunque su cabellera fuera dorada, lo que la hacía aún más atractiva y exótica.

—Me estaba aburriendo ahí fuera y he decidido venir a verte.

—¿Y sólo piensas en verme cuando te aburres? Te creía más listo. Decirme eso no te favorece en nada.

—No te lo he dicho en el sentido que lo has tomado... Simplemente, que Olg no estaba a la vista y he pensado que podía acercarme a ti sin peligro.

Pantheress, sentada sobre el taburete giratorio, oscilaba de un lado a otro, tratando de meditar su respuesta. Luego, dijo:

—Está bien, te creo. Sé que hoy estás esperando para una entrevista con el *boss*. Ten cuidado con él. Creo que está muy furioso con la muerte de James. Además, inexplicablemente, Evanson ha desaparecido.

—Nadie tuvo la culpa de la muerte de James. Aquel hombre se defendió como gato panza arriba, tratando de que no le quitáramos su dinero.

—Sí, ya me lo ha explicado Olg, y sé que te portaste bien, pero el *boss* no acepta excusas ni fracasos.

—Bueno, pues peor para él.

Mirándole inquisitivamente, la mujer inquirió:

—¿No le temes?

—La verdad, no. A pesar de esconderse tras una careta de diablo, es un hombre como los demás.

—Sí, pero que no vacila en apretar el gatillo, y tú, en cambio, no llevas armas.

—Pero tengo unos puños que pueden defenderme.

—Poco es ante el plomo de una pistola, pero si eres un valiente...

Se levantó de su taburete despacio, aproximándose a Alan. Lo besó en los labios, montando sus pies desnudos sobre los zapatos masculinos, tratando de llegar más arriba de este modo.

—Estás muy frío hoy, Alan.

—Quizá es que las preocupaciones invaden mi mente.

—Dime la verdad. ¿Te gusto?

—Naturalmente, pero no se trata de eso.

—¿Has pensado en lo que te propuse el otro día, en nuestra huida?

—Sí, pero será preferible esperar un tiempo. Desearía que se solucionaran algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Bah, no tiene ninguna importancia —arguyó Alan, evasivo, mientras la mujer se abrazaba a él, descansando la cabeza sobre su tórax y subida encima de sus zapatos.

—Alan, ayer me pusiste muy celosa.

—¿Por qué? —Inquirió, aun a sabiendas de la respuesta que iba a obtener.

—Estuviste toda la noche en la sala acompañando a esa golfa de Marion.

—Verás, no fue culpa mía, sino de Olg.

—¿Qué pasó con él?

—Me advirtió que podía pasar la noche junto a una chica, pero recalcó que tú eras manzana prohibida para todos excepto para él. En fin, que lo vi capaz de cometer cualquier violencia y preferí ceder, puesto que tú también le obedeces.

Pantheress se separó de él y dio unas vueltas, nerviosa, por el camerino, gesticulando molesta.

—¡Estoy harta de ese viejo; no me deja ni a sol ni a sombra! ¡Me ha tomado como una cosa suya, y yo haré lo que me parezca e iré con el hombre que me guste, mal que le pese! ¡Y como desee ir con

el cuento de las joyas a la policía, canto todo el embrollo del frontón!

—Calma, calma. Él podría oír tus palabras y sería firmar tu sentencia de muerte.

—¡No me importa! —exclamó Pantheress, fuera de sí, al tiempo que se dejaba caer sobre el escabel y frente al espejo, que reflejó su cara. Como si hablara con su propia imagen, añadió—: Te estás haciendo vieja, y cuando seas libre, ya nadie te querrá. ¡Debo rebelarme! ¡Alan!

—¿Qué acabas de pensar? —inquirió él, fríamente.

—¡Vámonos ahora mismo! —respondió, resuelta.

—¿Ahora mismo? Imposible.

—¿Por qué, por qué? ¡Quiero escapar contigo, tú eres el hombre que me gusta!

—Y te apetece, ¿no?

—Sí. ¿Por qué negarlo?

—Lo siento. Yo no pienso ser sólo eso para una mujer.

—Oh, Alan, perdona, perdona. Sé de tu temperamento y no lo he tenido en cuenta. Yo tampoco he querido decir eso...

—No intentes disculparte. Te comprendo y sé cuál es tu estado de ánimo.

Pantheress se le acercó suavemente y lo besó mientras desgranaba sus palabras con voz ronca.

—Te quiero, Alan, te quiero. Tú eres el hombre que me hace falta, capaz de dominarme por amor y no por chantaje.

—Contente. Ahora no se puede hacer nada. Quizá si tú quisieras escapar de aquí a otro país...

—¿Y tú me seguirías?

—De momento no puedo ni responder de mi vida.

—Alan, yo quiero marcharme, pero contigo, sólo contigo. Seré tu esclava, viviremos del dinero que puedas sacar, y, como te dije ayer, si se acaba, lo ganaré trabajando para ti.

Alan trataba inútilmente de contener aquel huracán de pasión, que se desbordaba en la voz, los ojos y el cuerpo de la mujer. Ella se asía a él como si fuera una tabla salvadora a la que se aferra obstinadamente un náutico.

—¡Dime que sí, dime que me quieres, que me necesitas como yo a ti! ¡Dímelo, aunque sea mentira, te lo suplico!

El hombre no, pudo evitar que su sangre se enervara y acabó ciñendo el talle sutil, estrechándola contra sí. Se excusó en su mente diciéndose que de este modo influiría moral a aquella desgraciada y solitaria mujer, que había caído en las garras de un degenerado.

—Apriétame, apriétame fuerte contra ti. Te necesito, te necesito. Has de salvarme de esta situación o acabaré volviéndome loca.

—Por favor, Pantheress. No sabía que estuvieras tan desesperada.

—¡Pues lo estoy! Hasta ahora he ido callando, almacenando odio en mi interior, pero no me atrevía ni poseía fuerzas para sacarlo a la superficie. Tenía miedo, estaba por completo en manos de Olg; pero ahora tú, el amor que me inspiras, me ha dado fortaleza para rebelarme contra esta tiranía.

Alan fue dejando que ella se desahogara, sin atreverse a decirle que no la amaba, que su amor verdadero era una chiquilla sencilla, hija de un sargento de policía. Aquellas palabras hubieran provocado un tornado en la mente de Pantheress, celosa por instinto.

—No dices nada, estás callado.

—¿Qué quieres que diga, que también estoy atado por Olg y el boss y que, de momento, no puedo hacer nada por mi cuenta?

—¿Me quieres? ¡Dímelo, dímelo! ¿Prefieres a Marion?

—¿Marion? No, por Dios. Ella no puede compararse contigo.

—Pues bien que estabas ayer con ella.

Pantheress seguía con el rostro pegado al pecho masculino, tratando de no ver la cara de él al responder. Tenía miedo de descubrir que amaba a otra más que a ella. Por su parte, Alan se excusó:

—Ya te he dicho que lo de Marion fue una imposición de Olg, una circunstancia que no pude evadir. El viejo me empujó hacia ella.

—Y yo insistí para que compraras este *smoking* y lo disfrutó ella el día del estreno.

—Vamos, no seas chiquilla. ¿Qué importancia tiene eso?

—Para mí, mucha. Me gustas y eres muy guapo, muy hombre. Anda, dame un beso y no te molestaré más con mis quejas.

Sidney la besó en el momento justo en que Olg penetraba en el camerino.

Si bien éste venía con su eterna sonrisa, trocó ésta rápidamente por un rictus de locura y decepción. Los ojos semejaron escapar de sus cuencas.

—¡Olg! —exclamó Pantheress, aterrorizada, dándose cuenta de su presencia.

—¡Hija de mil perras!

Comprendiendo que cualquier actitud provocativa aumentaría la cólera que comenzaba a desbordarse en el viejo, Alan dijo, tranquilo:

—Olg, debe comprender lo que ha sucedido.

—¡No comprendo más que lo que mis ojos han visto! ¡Tú, Pantheress, apártate de él, porque a pesar de que aún está vivo, puede contarse ya entre los muertos!

—Olg, por favor, no cometas ninguna barbaridad —suplicó Pantheress, sollozando.

Pero el *gángster*, en un movimiento veloz, ya empuñaba la automática que colgaba de su sobaquera, encañonando a Alan. Éste se dijo in mente que debía actuar con rapidez, puesto que ya lo habían sentenciado a muerte.

Mientras, el *gángster* seguía vociferando, impelido por la ira y los celos.

—¡A ti, Pantheress, ya sé lo que he de hacerte! No te mataré, no, pero sufrirás como nunca has imaginado. Has sido la reina del Liberty y de mí, pero ahora serás peor que una esclava.

—Creo que está desorbitando las cosas —indicó Sidney, tratando de calmarlo.

Pero la cólera de Olg seguía en aumento, mientras la «*Parabellum*» oscilaba en su mano, apuntando al joven, que no veía escapatoria posible.

—¡Muere, perro!

—¡No, Olg, no!

El *gángster* apretó dos veces el gatillo de la automática y ésta vomitó fuego y plomo, retumbando los ecos de los disparos en las paredes del camerino, que inmediatamente olió a pólvora quemada.

—¿Qué ha hecho, desgraciado? —gritó Alan, al ver desplomarse el bello cuerpo de Pantheress.

En su afán de evitar la muerte del hombre, Pantheress se había abalanzado contra Olg, recibiendo los dos impactos en el abdomen.

Acababa de morir como una pantera, en pleno salto.

—¡Pantheress! —gimió Olg, desgarradoramente, al percatarse de lo que acababa de hacer.

El cuerpo femenino yacía en el suelo, enroscado bajo sus pies.

Con el rostro demudado, Olg se arrodilló junto a ella, comenzando a hablar incoherentemente y a acariciarla, mientras las manchas rojas se agrandaban en la tela negra que cubría el abdomen de aquella desgraciada mujer.

—Pobre viejo, se ha vuelto loco al perderla. Ella lo era todo para él y ahora ha perdido la razón que le quedaba.

Alan se apartó despacio del cadáver y del *gángster*, que ya no coordinaba las ideas. Sólo hacía lamentarse en un llanto desgarrador.

La puerta del camerino se abrió de improviso y en su umbral apareció «Gorilla». Penetró en la estancia e inquirió:

—¿Qué ha pasado, quién ha disparado?

—Mira a Olg —dijo Alan, situándose a la derecha del gigante.

Su cerebro, trabajando vertiginosamente, le avisó de que aquél era el momento en el que debía tomar una determinación para acabar con el clan que asesinara a su amigo.

Con un reflejo rápido, clavó su puño, apoyando todo su cuerpo, contra el hígado de «Gorilla», que acusó el impacto por sorpresa.

—Esto es lo que te hace falta, amigo.

La espalda del gigante había cerrado la puerta con violencia al tiempo que él profería un alarido de rabia por el ataque de Alan.

A pesar de la pelea, Olg no dio muestras de percatarse de ella. Había quedado completamente loco.

—¡Veremos si este directo lo encajas bien! —Escupió Alan, alcanzando en plena boca a «Gorilla» y manchando sus manos de sangre.

Sin darle tiempo a reponerse, le proyectó dos zurdazos seguidos sobre la boca del estómago. Su contrincante aulló, pero no se abandonó al castigo, pasando acto seguido a la ofensiva con sus enormes manazas.

—Diablos, eres más duro de pelar que un elefante.

—¡Ahora verás quién es «Gorilla»!

El gigante, en represalia, unió sus manos, cruzándolas, y descargó un terrible mazazo sobre el mentón de Alan, derribándolo.

—¡Ya eres mío, pelirrojo! ¡Con «Gorilla» no se acaba tan fácilmente!

Pero el *gángster*, al lanzarse contra el joven, no había tenido en cuenta la reacción de éste, y se encontró con las dos punteras de los zapatos de su adversario bajo la barbilla, incrustándose en ellas.

—¡Es lo que necesitabas!

«Gorilla» se desplomó como un saco mientras por su boca fluía la sangre a borbotones. Alan se dijo que había que dejarlo K. O. de un modo contundente, si no quería que continuara siendo un peligro para él. Cogiendo el taburete, lo alzó sobre el *gángster*, al tiempo que exclamaba:

—¡Espero que esto bastará!

Cuando ya el *gángster* se incorporaba, el taburete, manejado hábilmente por el joven, se quebró en su cabeza, haciéndole perder el conocimiento.

—Me ha costado, pero lo he conseguido.

Antes de abandonar el camerino, Alan lanzó una mirada conmisericordiosa a Olg, quien seguía acariciando el cadáver de Pantheress.

—Ya no tiene remedio.

Cogió el llavín que había en la parte interior y salió al pasillo, cerrando el camerino. Después, anduvo hacia el fondo en busca de la escalerilla de caracol.

Segundos después circulaba por los solitarios corredores bajo el frontón, donde el eco repetía mil veces sus pasos y las ratas saltaban sobre sus zapatos.

—¡Diablos, debo haber pisado mal! —exclamó, empleando su característica interjección.

La sensación había sido desagradable. Algo blando acababa de ceder bajo la presión de su pie, al tiempo que un chillido llegaba hasta lo más recóndito de los vestuarios, en cuyos recovecos las ratas abundaban a centenares.

—Creo que es por aquí, aunque esta oscuridad no me permite orientarme.

Tras perder algún tiempo por entre aquel dédalo de corredores, se halló frente a la puerta donde se escondía el boss.

«Si no llamo, me acribillará, antes de entrar. Deberé emplear otro ardid».

Sin pensarlo, llamó, resuelto, con los nudillos sobre la hoja de madera. Casi simultáneamente, una voz, que reconoció al instante, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Alan «el Pelirrojo». Olg ha dicho que querías verme.

—Sí, pasa.

Sidney había acertado con sus palabras, y con la máxima naturalidad penetró en la estancia donde sabía que la muerte se hallaba agazapada, preparada para segar su vida.

—Olg me ha dicho que querías hablarme —repitió, sin saber qué decir para ganar tiempo.

La habitación estaba completamente en tinieblas y sabía que a merced del *boss* había una linterna que podía iluminarlo en cualquier instante.

—Menos mal que has encendido la luz. No veía nada.

El *boss* acababa de conectar la linterna. De este modo, Alan se orientó con respecto a la posición del *gángster*, quien comenzó a hablar.

—¿Por qué no ha bajado Olg contigo?

—Verás, Pantheress no sé lo que le ha pedido y...

Sidney, indolentemente, fue aproximándose a la mesa tras la cual permanecía él *boss*, escudado en su vulgar careta de diablo.

De repente, con un manotazo relámpago, estrelló la linterna contra la pared, al tiempo que se tiraba al suelo y a un lado.

Un foganazo cruzó siniestramente la estancia y el plomo escupido por la pistola se depositó en la pared desnuda.

—¡Estúpido, ya sabía yo que no podía fiarme de ti! ¡Ahora comprendo lo de James, pero no escaparás! ¡Me ha dicho Olg que no utilizas armas, y yo tengo una con la que voy a acribillarte!

El *boss* hablaba con rabiosa seguridad, y Alan se juró no hacer ningún sonido que delatara su presencia en la oscuridad, pues, de lo contrario, caería bajo el plomo del *gángster*. Sigilosamente, comenzó a rastrear hacía, la pared.

—¡Ten, imbécil!

Dos foganazos más surtieron de ecos interminables aquellos corredores desiertos.

El *boss* intentaba hacer blanco al azar, pero Alan no profirió ningún lamento, demostrando no haber sido tocado.

«Ese bruto puede acertar en cualquier momento. Me estoy jugando el pellejo a cara o cruz», pensó Alan, en su avance silencioso.

De pronto, se encontró con un objeto entre las manos y que al punto reconoció como la pila estrellada.

—¡No creas que vas a escapar! ¡Encenderé un fósforo y te veré!
¡Ya puedes rezar por tu alma, pelirrojo!

CAPÍTULO XII

El *boss* comenzó a frotar un fósforo contra la lija del sobre, mientras Alan se decía que en cuanto lo localizara sería acribillado a balazos.

«Debo hacer algo inmediatamente y no sé el qué», pensó Sidney, cuando ya el *gángster* había logrado prender una de las cerillas, que iluminó brevemente la estancia.

—¿Dónde estás?

Una risa sardónica retumbó contra las paredes, y el joven no dudó más.

Su vida estaba a merced de la llamita vacilante de un fósforo. Sin pensarlo más, lanzó la pila que tenía entre las manos con toda su fuerza. La carcajada del *boss* se trocó en un rugido de dolor.

—¡Maldición!

La linterna había golpeado la mano del jefe, arrancándole las cerillas. Su respuesta fue un disparo a bocajarro hacia el lugar donde presumía había surgido el improvisado proyectil.

—¡Te mataré lo mismo!

Varios fogonazos consecutivos rasgaron las tinieblas como una alucinación, pero Alan, previniendo la acción, se había desplazado, dando un salto, y sólo uno de los disparos mordió su pierna derecha.

—¡Hijo de perra!

El juramento salió instintivamente de la garganta del *boss*, al comprobar que el gatillo de la pistola ya golpeaba en el vacío.

Al advertirlo, Sidney gritó triunfal:

—¡Ahora veremos quién acaba con quién, asesino!

—¡No me cogerás!

Los dos hombres corrieron en la oscuridad. Alan se abalanzó contra la puerta, taponándola con su cuerpo y tratando de evitar la huida del *boss*. Pero un sonido desagradable se produjo en la

estancia.

—Un portazo... ¡Maldición, hay otra puerta!

Alan se apresuró en buscar la otra salida y comprobó que daba a la calle directamente.

Sólo pudo ver un «Buick» que arrancaba a toda velocidad, desapareciendo de su campo visual por uno de los callejones que conducían al muelle.

—Ese miserable tenía la huida preparada... En fin, volveré arriba a ver cómo continúa todo.

Tanteando las paredes, llegó a la escalerilla de caracol y, después, a los pasillos de los camerinos del Liberty, donde se escuchaba una lánguida pieza de baile.

Ante la puerta de Pantheress, un camarero golpeaba la hoja con los nudillos.

—Señorita Pantheress, señorita Pantheress.

—¿Qué pasa? —inquirió Alan.

Al reconocerle como uno de los guardianes del local, el camarero aclaró:

—Llamo a la señorita Pantheress porque ya toca su número.

—Está fatigada. Que salga otra en su lugar, y si no, que sigan tocando bailables; eso le gusta a la gente.

—Como quieran —respondió el empleado.

Antes de que se alejara, Alan lo retuvo por un brazo, preguntando:

—¿Dónde hay un teléfono?

—Sígame. Le señalaré uno que hay cerca del bar.

Alan Sidney comprobó que en el interior del camerino no se oían voces y siguió más tranquilo al empleado, que le condujo hasta un teléfono instalado en la sala.

—Esperemos que Shirley esté en su casa —musitó para sí.

Marcó los guarismos en el disco y aguardó a que la voz sonara al otro lado del hilo.

—¿Diga?

—¿Shirley?

—Sí, Alan, soy yo. ¿Pasa algo?

—Sí. Los acontecimientos se han precipitado por sí solos. Estoy en el Liberty *Night Club*.

—¿Te refieres al lado del frontón?

—Sí. Necesito la actuación de tu padre.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—En uno de los camerinos, el que corresponde a una artista llamada Pantheress...

—En el camerino de Pantheress... Continúa, por favor. Es que estoy tomando nota para pasarla a mi padre.

—Bien, en ese camerino encontrarán una mujer muerta. La ha matado un viejo, uno de los *gángsters*, llamado Olg. Él está a su lado. Se ha vuelto loco al matarla.

—¿Qué se ha vuelto loco?

—Sí. Es que ella significaba mucho para él.

—Comprendo, sigue.

—En ese mismo camerino encontrarán a otro miembro del clan apodado «Gorilla». Está inconsciente por unos golpes que le he propinado.

—¿Y estás seguro de que no has hecho nada más? —interrogó la muchacha, evidentemente asombrada.

—Bueno, ayer, accidentalmente, en el Central Park murió otro de la banda. Lo metí en su coche y lo empujé al lago para que, de momento, no fuera descubierto. Y no creas, aquí no termina todo. He estado a punto de cazar al *boss*, pero se me ha escapado.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Dile a tu padre que se haga cargo del Liberty. Yo tengo trabajo todavía.

Shirley llamó al joven por su nombre varias veces, pero éste colgó el teléfono y salió rápidamente del local.

—He de encontrar a Asael. Dragaron el muelle veintinueve y él cayó en el veintisiete.

Sidney no tardó en llegar al muelle tras recorrer el callejón que conducía a él con la máxima velocidad que le permitieron sus piernas.

—Ahora debo localizar el sitio donde lo arrojaron al agua.

Dio varios pasos de un lado a otro, más no quedó satisfecho de su investigación. Luego, decidió situarse en el lugar donde se durmiera y observar desde allí.

Retrocedió hasta el callejón y se dejó caer junto a la pared, cerca de una caja que, por su aspecto, debería llevar meses estacionada en aquel sector.

—¡Ya está! Creo que fue cerca de aquel gancho de atraque donde lo tiraron al agua.

Se levantó de su lugar de orientación y anduvo hasta el hierro que tomara como punto indicador. A la mitad, se paró.

«Atado a unos hierros no va a ser fácil izarlo. Será cuestión de hacerme con una cuerda o algo que sirva», pensó.

Decidido, se dirigió hacia las cajas que, posiblemente, algún barco cargaría al día siguiente. Arrancó una de las cuerdas, segándola con un hierro que encontró tirado en el suelo.

—Bueno, creo que ya está.

Esta vez llegó resuelto hasta el gancho, anudando la cuerda en él y tirando el cabo contrario al río. Tras contemplar durante breves instantes las aguas oscuras del Hudson, probó que nadie pudiera verle y se despojó de la chaqueta y los zapatos, dejándolos en el suelo.

De un salto, se zambulló en el agua, desapareciendo de la superficie.

Braceó con furia, pese al impedimento de la camisa que se adhería a su cuerpo, y también tuvo que luchar contra la oscuridad, no alcanzando a ver nada.

«Por aquí sólo hay cieno y ya necesito aire», pensó, en la angustia que le producía la falta de oxígeno.

Emergió y respiró con profundidad, volviendo a sumergirse segundos más tarde.

«Iré tanteando con las manos; quizá lo encuentre», pensó, mientras buscaba a su amigo infructuosamente.

Tuvo que efectuar siete inmersiones. En la última palpó el cuerpo de Asael, hinchado y mordido por los peces.

«Me hace falta la cuerda».

Tornó a ascender, haciéndose con ella. Creía poder sacar el cuerpo, que constituiría una prueba para acabar con aquella pandilla de criminales.

Tomó aire y se sumergió rápidamente en el mismo lugar. Una vez estuvo junto a Asael, lo ató como pudo a la cuerda y, abandonándolo, emergió a la superficie.

Agarrándose a los bloques de piedra con los dedos tuvo que vencer la fatiga que invadía su cuerpo.

—Descansaré unos minutos antes de izarlo; estoy agotado —se

dijo, tratando de llenar sus pulmones con el máximo de aire.

Una bombilla mortecina en lo alto de un mástil iluminaba la escena.

—Bueno, hay que hacer un último esfuerzo —suspiró.

Se levantó del suelo, donde había permanecido sentado, y asió la cuerda, que continuaba atada al gancho de atraque.

El pelotari fue emergiendo poco a poco, sin gran esfuerzo por parte de Alan, pero al llegar el cuerpo a flor de agua, el peso se dobló y el joven tuvo que emplear toda su fuerza para izarlo.

—Vamos, Asael, ya falta poco para que estés en tierra.

El cuerpo de Callogan apareció al fin, atado a los hierros que le pusieron James, «Gorilla» y Olg.

—¡Ya está arriba!

Alan tapó con su chaqueta el cuerpo del asesinado pelotari. Su aspecto era deprimente, horrible. En aquel momento, un coche se detuvo junto a Sidney y de él se apeó un hombre que le miró interrogante.

—¿Qué hace usted mojado de esa forma?

—¿Y quién es usted para hacerme esa pregunta? —inquirió Alan a su vez, ante la insolencia del recién llegado.

Este apresuróse a sacar un carnet que mostró a Sidney, añadiendo de viva voz:

—Soy el teniente Stephen H. Goodyear, de la Metropolitana. Responda ahora a mis preguntas. ¿Qué hace usted aquí?

Alan se percató del aspecto que ofrecía a la vista del policía. Estaba totalmente empapado y chorreando agua por los pantalones, mientras que en el suelo aparecía su chaqueta cubriendo el cadáver de Callogan.

—Me llamo Alan Sidney y estoy de este modo porque he tenido que zambullirme en las aguas del muelle para rescatar el cadáver de mi amigo.

—¿Es eso que está bajo la chaqueta?

—Sí. ¿No lo ve usted mismo?

—Sí, ya veo.

El teniente Goodyear, a pesar de que las piernas del pelotari sobresalían de la prenda, se inclinó para verlo en un aspecto general, tras levantar la chaqueta del *smoking*.

—Bien. ¿Y cómo es que estaba su amigo debajo del agua?

—Lo asesinaron y luego lo tiraron —aclaró Alan, con voz cansina, automática.

Comenzaba a sentirse cansado, ahora que había puesto las cartas boca arriba, pero era preciso contarle a la policía lo ocurrido.

—Que ha sido asesinado es evidente. Los hierros que lleva atados al cuerpo bien lo demuestran; pero usted, ¿qué parte ha tenido en todo ello?

—Ninguna. Simplemente, fui testigo visual de lo sucedido.

—¿Está seguro?

—¿Qué quiere decir?

—Que puede haber sido usted mismo el asesino y ahora tratar de hacer desaparecer el cadáver por otros medios, con el inconveniente de que yo lo he descubierto.

—Pero ¿está usted loco? —exclamó Alan, estupefacto por el giro que tomaba el interrogatorio.

Mas ya el teniente Goodyear sacaba su «Browning», encañonándolo.

—No estoy loco, y creo que le sentarán bien unos voltios cuando lo sienten en la silla eléctrica por este crimen.

Sidney, sin salir de su estupor, agregó:

—¡Si yo no lo he matado! ¡He dicho que soy un testigo visual!

—No se esfuerce en hacérmelo creer; será inútil. Todos dicen lo mismo, pero son unos delincuentes como usted.

Alan no salía de su asombro cuando, al bajar la vista al suelo, reparó en los zapatos del teniente.

Eran de corte marcadamente italiano, con un dibujo en espiral, hecho de orificios, sobre el empeine. Luego, observó la pistola: una «Browning». Después, miró el automóvil... ¡Era el «Buick» que había visto huir!

—Pero ¿cómo no me habré dado cuenta antes? —exclamó, palmeándose sobre la frente.

En los labios del teniente se dibujó una sonrisa siniestra.

—¿Qué es de lo que se ha dado cuenta?

—No disimules, *boss*, te he reconocido enseguida.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Es inútil que lo niegues. Tú eres el *boss* del clan que mató a mí amigo por no acceder a sus maquinaciones en las apuestas del Fives-Court of Fire. Por fin te he descubierto... Eras la última carta

por poner boca arriba.

—Está bien, no voy a negarlo. Yo soy el *boss*, pero te advierto que me has desenmascarado tarde, a pesar de tu sagacidad.

—Nunca es tarde. Ya estás descubierto, y ahora comprendo por qué nunca la policía molestaba al clan y las pruebas desaparecían. Dragaron el muelle veintinueve por puro trámite en lugar del veintisiete, que era donde realmente estaba la víctima.

—¿Ya has solucionado tus incógnitas?

—Sí, y esta vez no escaparás a la justicia, aunque seas un teniente de la Metropolitana.

En las pupilas del teniente brilló siniestramente el deseo de matar. Su risa sardónica, acostumbrada en él en los momentos como aquéllos, estalló sin perder la vigilancia de su víctima, encañonada con la pistola.

—Aunque me mates, más tarde o más temprano no podrás justificar tus actos y te sentarán en la silla eléctrica.

—¡Pobre estúpido! Muy listo para algunas cosas, pero muy imbécil y lardo para otras. Como supondrás, no voy a dejar que cuentes todo lo que sabes a mis compañeros de la policía. Quizá alguno sintiera deseos de subir en el escalafón y decidiera aprovechar la sospecha que tú impusieras. No, no seré tan idiota. Así es que te voy a matar, y luego, con decir que tratabas de huir, todo arreglado.

—¡Cobarde!

El *gángster* levantó su arma, disponiéndose a disparar contra Alan, cuando en la boca del callejón que conducía al frontón sonó una voz autoritaria.

—¡Teniente, levante las manos, queda detenido!

Era el sargento Cooper, acompañado de varios agentes.

Goodyear desvió el arma para apuntar al callejón y disparó repetidas veces.

—¡No me cazaré, sargento! —gritó.

Pero Alan, al darle la espalda Goodyear, aprovechó para atenzarle los brazos y hacer saltar la pistola de su diestra.

—¡Ya eres mío!

La lucha fue feroz, pero la oportuna llegada de los agentes y el sargento Cooper acabó con ella.

Las esposas se cerraron herméticas en las muñecas del teniente,

quien se vio impotente para repeler la acción de la justicia, que él había mancillado.

La rabia diabólica que le embargaba se tradujo en su mirada y en la espuma tenue que emergió de sus labios. El sargento Cooper se aproximó al fatigado Alan y le dio una palmada en la espalda, cogiéndole luego por el hombro. Mientras, Shirley se acercaba corriendo.

—Enhorabuena, muchacho. Has realizado un brillante servicio. Hace tiempo que sospechaba del teniente, pero no podía decir nada puesto que era un súper:

Cuando Shirley me aclaró lo de los muelles veintisiete y veintinueve, tuve la certeza absoluta de su culpabilidad.

—¡Uf! —suspiró Alan—. Por un instante creí que me iba a liquidar.

—Pues ya has visto que la ley siempre llega a tiempo.

—¡Alan, Alan! —gritó la joven, llegando junto a ellos.

—¡Shirley, ven a mis brazos!

—¡Qué alegría, Alan!

Se abrazaron emocionados y la muchacha dijo, entre sollozos:

—¿Ya te ha explicado mi padre?

—¿El qué, Shirley?

—Pues que se ha solucionado lo de la

Luck & Stone

Company. La estafa sólo fue un mero error de contabilidad y has quedado reivindicado en tu trabajo.

—¿Es que tú se lo habías contado a tu padre?

—Perdona, Alan. Mi único defecto es ser un poco charlatana.

—Hum, ya lo suponía...

—¿Volverás a tu trabajo? —inquirió Shirley.

—Me he olvidado de que existe la

Luck & Stone.

—Entonces, ¿qué harás?

—Verás, creo que en la Metropolitana hacen falta *G-men*, y le he tomado gusto a ir persiguiendo hampones.

—¡Magnífico! —Aplaudió Shirley, gozosa.

Al fin, la felicidad les había unido, a pesar de rodearse con el crimen y el bajo fondo del hampa neoyorquina.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

